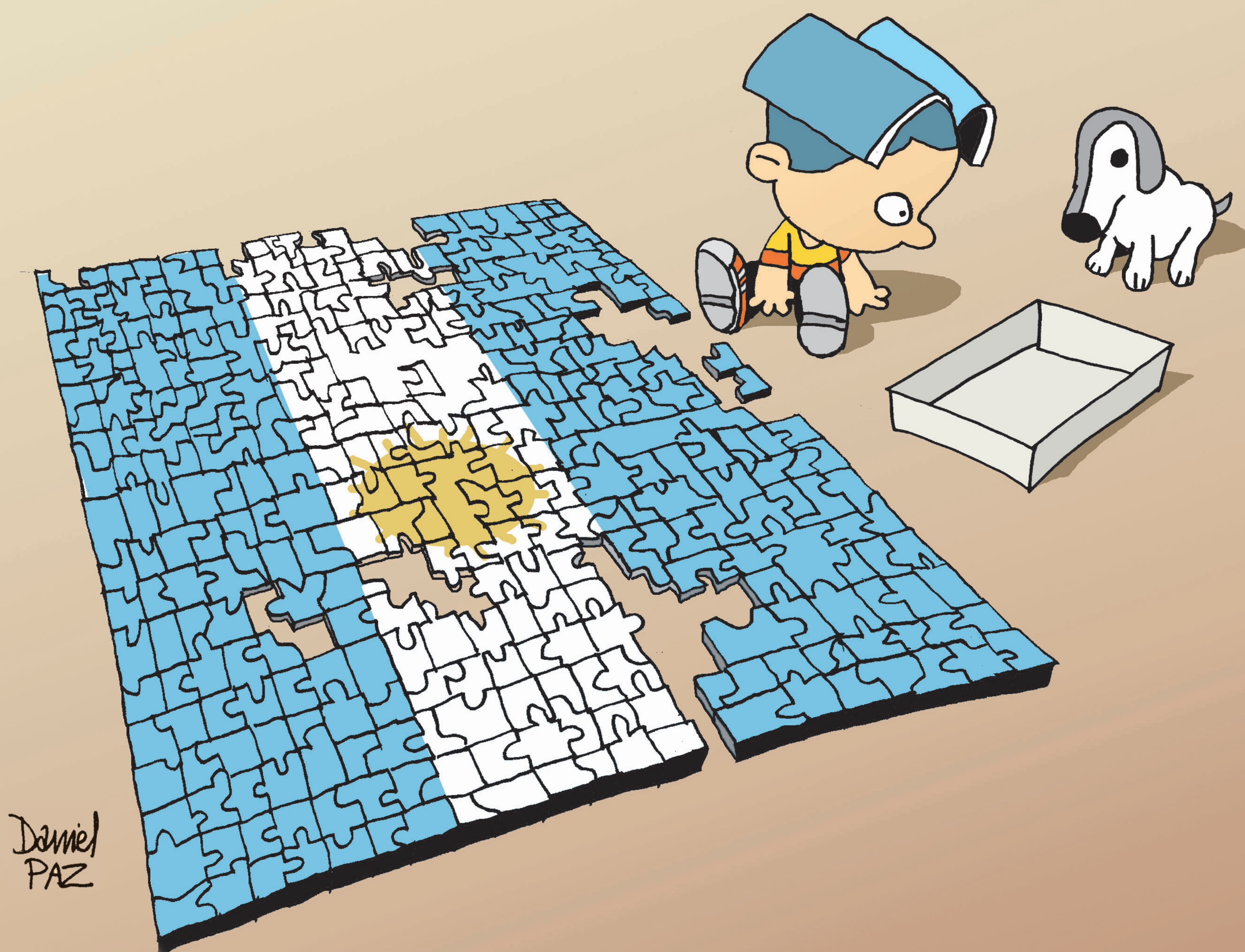
18 años de

Página/12

Los temas pendientes



Por Ernesto Tiffenberg

El obispo ocupa su lugar frente al altar. Se percibe cierta tensión en la iglesia, sobre todo por los comentarios en voz baja de los sentados en primera fila: dos hombres y una mujer vestidos como funcionarios.

–Caramba... –dice el ubicado en el medio–, nunca pensé que el enfrentamiento entre Iglesia y Gobierno llegara a tanto...

La frase es una reacción a las palabras que llegan desde el púlpito:

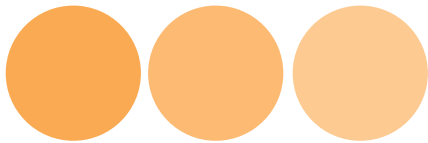
–Leemos ahora un párrafo del Génesis: "Y fue el Presidente y se acercó a Eva con una manzana en la mano y díjole: toma, con democracia se come".

La escena no ocurrió en el Tedéum realizado ayer en Santiago del Estero con la presencia del Presidente, ni siquiera en alguna de las múltiples misas celebradas desde que empezaron los roces entre la cúpula eclesiástica y la del Poder Ejecutivo por las sutiles metáforas del obispo castrense.

Pertenece al pasado, como tantos temas pendientes. Se produjo hace casi 18 años en un recuadro de la tapa de este diario. El del chiste de Paz y Rudy, para ser más precisos.

En una primera mirada hay dos tipos de temas pendientes. Los que nos agarran del cuello, casi siempre desde la pantalla de televisión, de la mano de la catástrofe o el reñidero político de turno. O los que, justamente tapados por aquellos que nos agarran del cuello desde la televisión, siempre quedan para los tiempos tranquilos en que "lo urgente no contamina lo importante" o, como dirían a coro Chiche Gelblung y Vladimir Ilich Lenin, "el árbol no tape al bosque".

(*sigue en página II)*



Los temas pendientes

Por Ernesto Tiffenberg

(viene de tapa)

Este suplemento, que escapa a la analogía fácil de vanagloriarse de que **Página/12** ha cumplido la mayoría de edad, aunque no puede resistir la tentación de nombrarlo, se propone buscar un camino que acorte distancias y recorra territorios comunes a las dos categorías.

El chiste recordado es una muestra del primer tipo de temas pendientes. La sociedad argentina no termina de resolver su relación con los poderes establecidos, una rémora de la etapa de formación nacional, y la Iglesia Católica defiende con uñas y dientes sus prerrogativas, extendiendo a todos los argentinos las prescripciones de su culto mayoritario. Pero raspando apenas por debajo de la superficie aparece un segundo nivel. En aquel entonces, la zanja abierta entre el poder civil y el eclesiástico llevaba el nombre de divorcio. No como habitual metáfora periodística sobre las relaciones entre políticos sino simplemente el que podían requerir innumerables parejas malavenidas. Hace 18 años no existía el divorcio en la Argentina y el gobierno de Raúl Alfonsín impulsó con éxito su legalización. "Argentina entró en el siglo XX", tituló este diario el día que se aprobó la ley. Ese era un clásico tema pendiente que las pantallas de televisión habían olvidado por décadas.

Hoy, debajo de los anecdóticos escarceos, se agitan también otros temas pendientes del segundo tipo: la educación sexual en las escuelas, la democratización del acceso a la salud reproductiva y la despenalización del aborto. ¿Titulará este diario "Argentina entró al siglo XXI" antes de que termine el siglo?

El terreno económico permite distinguir otro aspecto fundamental de los temas pendientes. El que atañe a cómo se los elige. Desde que el poder financiero consiguió convertir la palabra "Estado" en sinónimo de ineficacia y corrupción, los temas pendientes de la Argentina económica estuvieron siempre referidos a unas supuestas "reformas estructurales" nunca plenamente satisfechas. En los primeros años consistían en quebrar el poder de los sindicatos, algo que hicieron con maestría y placer las dictaduras militares. Después se impuso la manda de santificar la deuda por encima de cualquier demanda interna, de lo que se ocuparon Cavallo y el alfonsinismo y otra vez Cavallo, Plan Brady mediante. A continuación llegó la etapa del privatizaje, donde cada empresa estatal, convenientemente destruida, se convirtió en botín de un globalizado saqueo. Lo curioso es que una vez cumplida cada "reforma" demandada, otra del mismo signo ocupaba inmediatamente su lugar.

La debacle del modelo neoliberal, que arrastró con él a toda la sociedad, no fue suficiente para cambiar de cuajo la definición de los temas pendientes, pero por lo menos alcanzó para abrir una brecha en el "pensamiento único" de los economistas y plantear un paradigma alternativo.

Por suerte, nadie ignora que la extendida pobreza y la variada gama de degradaciones personales que implica están en primera fila. Pero recién empieza la discusión sobre qué herramientas se elegirán para revertirlas. ¿Definirá la sociedad argentina como principal "tema pendiente" a los escandalosos patrones de distribución del ingreso heredados de la incursión al reino del capitalismo salvaje, o volverá a poner el acento en las "reformas estructurales" esponsoreadas por los organismos financieros internacionales con el aplauso de los poderes económicos locales?

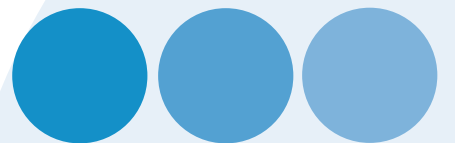
Después de tres años de crecimiento, el país parece haber dejado atrás el agujero sin fondo de la crisis en que se despeñó a finales de 2001. En este caso, la metáfora es literal. "Dejado atrás el agujero sin fondo" quiere decir que simplemente se interrumpió una caída en la que no se adivinaba el final –por entonces muchos fantasearon con la disolución nacional–, y que existe una pequeña luz que guía el escarpado camino de salida.

Ese respiro permite y obliga a reabrir el debate sobre la selección de "temas pendientes" para los próximos tiempos. Aunque sea para evitar que dentro de 18 años se conviertan en crónica cotidiana escenas como la que también ocupó un lugar en la tapa de este diario, 18 años atrás:

En un primer plano está la mesa, elegantemente servida. A su alrededor, siete comensales de aspecto distinguido disfrutan de la comida entre sonrisas y comentarios amables. Más atrás, cuidando que sus palabras no molesten a los presentes, conversan dos mozos convenientemente vestidos para la ocasión.

–Muy linda la cena de camaradería del FMI, pero no veo a los representantes del Tercer Mundo –comenta el primero.

–¿Y qué te creés que están comiendo? –remata el segundo. ●●●



Por J. M. Pasquini Durán

En diciembre de 2001, hace tres años y medio, sonaron las cacerolas hasta que voló el presidente electo en las urnas cuando apenas había gastado la mitad del mandato. "Que se vayan todos", estalló la consigna impulsada por la bronca dominante y, tal vez, por un ideal renovador que tenía la intención última de reconciliar a la política con la sociedad. La bronca se apagó, pero el ideal sigue pendiente. Quedaron algunas brasas encendidas, aquí y allá, como luces mortecinas y dispersas, a la espera quizá de futuros vientos que las enciendan.

La construcción de partidos nuevos requiere mucho más que movilizaciones callejeras. Lo ideal sería una acción combinada, interdisciplinaria, de las instituciones democráticas, con la ley, los tribunales y los recursos del poder, pero es casi una visión idílica, ya que los que tienen que ser desplazados resistirán con las fuerzas acumuladas, entre ellas y no menor la fuerza de la costumbre. Por lo pronto, hay que cerrar las fuentes de alimentación de los viejos aparatos porque no sólo les dan energía para sobrevivir a las tempestades sino que terminan enviciando a los brotes que tratan de florecer en los troncos tradicionales.

Buena parte del movimiento popular, que se presentaba como un actor social diferente, hoy en día funciona con las reglas del antiguo régimen. Sería vano esperar que las representaciones de lo establecido se peguen un tiro en el pie derecho, aprobando la "reforma política" que cambie las normas de relación entre la plata y los partidos o termine con la lista sábana armada "a dedo", para citar nada más que lo obvio.

Con la mitad del mandato cumplida, el Gobierno ya dejó de hablar de "reforma política" y hasta la "transversalidad", propuesta cuando todavía se sentía débil, ahora se enuncia como frentismo peronista, mientras el plebiscito que se reclama para octubre próximo quiere reinstalar en el centro de la política el añejo paradigma de líder y mayoría. El complejo de Perón es como el de Edipo: muchos lo pueden contraer, pero nunca será igual al original, y en la mayoría de los casos empieza y termina en pura imaginación.

Si comenzara por la cabeza, la reforma política sería más fácil y

CONSTRUCCION

centralizada, aunque eso no quiere decir que sea imposible de otra manera. Cuando arranca desde abajo o desde el medio, no puede ser desde un solo punto, porque la cuesta a remontar es demasiado empinada. Tienen que encenderse brasas, las que quedaron y muchas otras, en numerosos sitios a la vez, en el Concejo Deliberante, en la Intendencia, en la Legislatura provincial y hasta en la Gobernación, lo importante es que la mayor parte sople en el mismo sentido para avivar el fuego.

Para arrancar la carrera casi cualquier lugar es bueno, un club de barrio, un movimiento vecinal, una organización social, siempre que represente la voluntad de los que lo rodean, y los participantes tendrán que estar preparados para derrotas y victorias, para consagraciones y fraudes, pero manteniendo la terca convicción de empezar una y otra vez, hasta que se consolide la tendencia. Ganada la primera elección, es apenas el principio y, en lo posible, hay que tener planificados los pasos sucesivos.

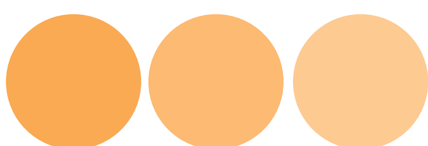
La experiencia pasada y la actual muestra que más de uno que llegó desde abajo luego se pierde en los pasillos del poder o pasa por el sitio conquistado sin dejar rastro, o en lugar de armar bloques los hace añicos o, lo que es peor, se corrompe como el más vicioso de los veteranos. A veces el impulso llegó hasta lo más alto de la pirámide institucional y allí se marchitó como una flor arrancada de la planta. Y hay que arrancar de nuevo. La materia prima básica es la participación ciudadana, que el que tenga ganas se comprometa en la medida de sus fuerzas y, en un ejercicio de tolerancia cotidiana, busque a los iguales hasta encontrarlos. Hasta el momento, nadie en el mundo propuso métodos más drásticos en la democracia para producir los relevos renovadores, después de la crisis mundial de las representaciones y de las ideologías del siglo XX, excepto seguir dependiendo del caudillo iluminado, hasta que se apague y venga otro.

Esto no quiere decir que deba abandonarse el reclamo hacia los de arriba ni que la sociedad tenga que reemplazar a los que asumen el gobierno para resolver las grandes cuestiones nacionales (pobreza, empleo, educación, salud, justicia, etc.), pero aun esas demandas serán más efectivas si tienen defensores en todos los niveles donde se toman las decisiones que afectan la vida de cada miembro de la comunidad. ●●●

ANA D´ANGELO







Cuatro puntos y una utopía

Por Martín Granovsky

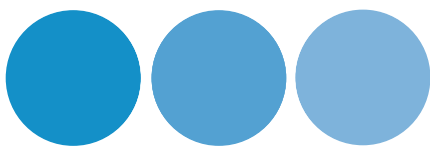
Una historiadora argentina, Ema Cibotti, suele decir que la Argentina tiene una tradición: la sociedad es más vital que el Estado y sus instituciones. Ocurre desde 1810. Una nació antes. Los otros surgieron después. Es a la vez una noticia buena y una mala. La buena es que los argentinos, como sociedad democrática, terminaron siempre superando los peores escollos. Superaron incluso su propia existencia como escollo en su camino. La mala noticia puede ir en forma de pregunta: ¿para qué tanto desperdicio de energía?

Ante este nivel de vitalidad, una asignatura pendiente es que el Estado escuche más. Que se entere. Y que baje esa información no como un plan soviético sino como iniciativas concretas, líneas de crédito o, simplemente, ejemplos de difusión fácil y comprensión sencilla de unos para otros. ¿Cuántos emprendimientos agrícolas hay en todo el país? ¿Cuál es el nuevo tipo de inversión que podría imitarse? ¿Se puede regular la falta de mano de obra en un lugar y la desocupación en otro saliendo del circuito infernal de los peones golondrina?

Otra asignatura pendiente es el Gran Buenos Aires, sobre todo mirando al sur y al sudoeste de la Capital Federal. El presidente Néstor Kirchner dijo que se propone dejar a la Argentina, en el 2007, a la salida del infierno y a las puertas del purgatorio. Se supone que el purgatorio es mejor que el infierno y peor que el paraíso. Bien. Una policía bonaerense en camino de reforma es un paso. Pero, ¿la Justicia en la provincia quedará igual? ¿También quedarán iguales los partidos monstruosos y el hacinamiento de Matanza o Solano? ¿Nadie discutirá una reforma política que disperse el poder? ¿No habría que cuantificar la salida del infierno también en términos de tantas villas menos, o tanta gente que ya no vivirá en villas? Y en general, ¿no habría que cuantificar? El gobierno chileno de Ricardo Lagos es muy elogiado por los conservadores argentinos. Conviene no caer en la trampa. Lo bueno de Lagos no es la aceptación de la irritante división jerárquica de la sociedad chilena –cosa que afortunadamente no acepta– sino la obsesión constante por el hecho de que ninguna medida cotidiana aparte al gobierno de lo que sus funcionarios más importantes suelen definir como "reformismo serio".

En esta lista que no está armada de mayor a menor ni lo contrario, y que tampoco tiene pretensiones enciclopédicas, la reforma judicial sigue en veremos. El Gobierno impulsó la renovación de la Corte. Pero institucionalmente no encaró ni la limpieza pendiente en el fuero federal ni se puso a pensar, por ejemplo, en el comercial y el penal económico. El Poder Ejecutivo está en mora en el Consejo de la Magistratura. Debiera ser más dinámico. El Presidente dijo en los últimos días que una reforma profunda de la Justicia es para días de calma. Pero, ¿habrá alguna vez calma en este país? Y más aún: ¿habrá calma sin cambios en la Justicia?

Queda un tema que tiene urgencia de días, no de meses y menos de años. Al final, después de abandonar las relaciones carnales la Argentina parece haberse decidido por una buena relación con los Estados Unidos y una cooperación mayor con Brasil. Lo primero es razonable. Con Washington lo mejor es una relación de bases concretas en seguridad y terrorismo y con pocas expectativas mundiales. La Argentina es un protagonista pequeño del mundo, y asumirlo no está mal. Por eso la agenda común con Brasil no puede quedarse en la discusión del lugar en el Consejo de Seguridad y las diferencias comerciales. A mediados de los '80 la Argentina tomó la iniciativa y construyó el Grupo de Apoyo a Contadora para colaborar en la solución de la crisis de América Central. La tesis era que una mayor polarización perjudicaría a esta región del mundo, en ese momento recién salida de la ola de dictaduras. Hoy el desafío mayor se llama Bolivia, donde Brasil y la Argentina podrían hacer política juntos por generosidad hacia los bolivianos, por egoísmo nacional y por ejercicio de construcción de confianza entre brasileños y argentinos. Habría una quinta asignatura en esta lista: terminar con la histeria falsamente informativa. Bajar un cambio entre políticos y periodistas en la velocidad infernal de circulación de datos que no son tales y declaraciones sobre declaraciones sobre datos que no lo eran. Y si no se puede terminar con la histeria, limitarla. Y si no, por lo menos consignarla. Queda hecho. ●●●



Pobreza, mal empleo, desempleo

Por Mario Wainfeld

Una de las críticas más inteligentes que escuché formular a Juan Pablo II y sus seguidores es la de haber querido responder con respuestas viejas a preguntas nuevas. El sayo le cabe a cualquiera, no es fácil acompañar el cambio máxime en épocas donde es extremadamente veloz. Todo lo cual viene a cuento para reseñar una deuda de la democracia argentina, en verdad de su actual etapa, que es la falta de una política específica dedicada a dar nuevas respuestas a los nuevos problemas que suscita el mix de pobreza, desocupación, mal empleo y mal salario. Esto es, de dar una respuesta a algo así como la mitad de la población argentina, colectivo integrado por trabajadores desempleados sin ingreso alguno, amas de casa, beneficiarios del plan Jefas y Jefes de Hogar (JJDH), trabajadores en negro, trabajadores formales con sueldos insuficientes, jubilados que cobran el mínimo o poco más. Integran un novedoso conjunto que amerita una política específica, activa, directa, algo más que el discurrir del crecimiento económico.

En los '60 o los '70, la pobreza se combatía con pleno empleo, como mucho, con aumentos de sueldo. En los '80 comenzó a haber políticas sociales enfocadas a los pobres estructurales. En 2002, en una situación de emergencia en la que había muchísimos pobres desocupados, el gobierno urdió, de modo veloz y algo brutal, un plan de ingresos, el JJDH. No estaba mal, eran otros tiempos.

Ahora, digamos después de 2002, el universo se ha sofisticado. Y al tiempo, parece, se cristalizó un poco. Hay más empleo que antes, y menos desocupados. Pero hay desocupados que tienen mejores chances de reinserción que otros de su clase. Son los que tienen destrezas previas, experiencia adquirida, cultura de trabajo. Así las cosas, el panorama podría llamarse mejor pero las desigualdades aumentan. Y las hay nuevas, ya se dijo.

El Gobierno parece creer que la mejor solución es una reformada política económica sesentista, combinada con una reformada política social ochentista. Al humilde parecer de quien esto escribe, el nuevo universo requiere una nueva mirada e instrumentos acordes.

Varios hay en danza en las discusiones públicas y también en el interior del Gobierno, pero están muy lejos de ponerse en práctica y (en muchos despachos oficiales) hasta de analizarse a fondo. Dos, que no tienen por qué ser los únicos ni excluyentes, producirían un avance importante.

Uno es el ingreso ciudadano universal que en la Argentina, por razones instrumentales y culturales, sería bueno articular vía la asignación universal por hijo. Se trata de una herramienta supernovedosa, aplicada por ahora en pocos lugares, en ningún país. Es un dato a computar (en contra) pero también debe sopesarse que la emergencia local habilitó leyes también únicas (en materia económica o en derechos humanos) y que el canje de deuda argentino fue tan telúrico y exclusivo como el dulce de leche. La novedad debe alertar pero no es causal de recusación, en un país tan dado a la innovación como éste.

El otro instrumento pendiente es el seguro de empleo y capacitación que sí existe en muchos países primer y tercermundistas. Tiene más precedentes que el ingreso universal y puede ser menos costoso, dos ventajas vistas desde la lógica de la acción gubernamental. Tiene un límite, que es el de amparar a una parte del universo de los desiguales, su tope superior, el de aquellos que tienen chance de reinsertarse en el mundo del trabajo formal. Esto es, a una minoría dentro de los desfavorecidos. Vuelve a dejar a algunos afuera.

Aplicar estas novedades choca con varias lógicas de los gobiernos. Su apego conservador a lo ya hecho (sea en el pasado, sea en su propia gestión), también su costo económico. Ninguna de esas prevenciones es desdeñable. Los cambios cualitativos deben estudiarse a fondo en su conveniencia y en su factibilidad. De lo que no tiene dudas el autor de esta nota es de que la Argentina sería otra, y sería mejor, si tuviera una política integral de lucha contra el desempleo, la pobreza, el mal trabajo y el mal salario. Y que el Gobierno (y una buena parte de la sociedad a su vera y a su zaga) está en mora no sólo a la hora de ponerla en marcha, sino aun a la hora de debatirla. ●●●

GUSTAVO MUJICA



LO QUE RESTA POR HACER

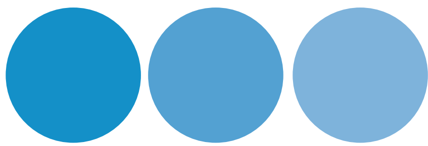
Por José Pablo Feinmann

Siempre que sigan saliendo esas fotos que salen a pie de página habrá que seguir apoyando a este diario, escribiendo en él. Porque esas fotos expresan lo que resta por hacer en el nivel más hondo de la condición humana. Resta evitar que los hombres se sigan masacrando unos a otros. Esas fotos nos recuerdan una masacre. La masacre nos recuerda que, diariamente, en todo el ancho mundo, se masacra, se ultraja la realidad humana. Esas fotos nos muestran, también, el peligro que late en su exhibición cotidiana: que nos acostumbremos. Nos estamos acostumbrando a todo. Los diarios son un muestrario de horrores y vejaciones del que huimos con el simple trámite de dar vuelta la página. La lucha es clavar la mirada del lector en la foto. Es clavar la foto en la conciencia del lector. Que los rasgos del desaparecido se le graben. Que la imagen del torturado en Irak o en Guantánamo lo incomode, le arruine algo del día, lo intranquilice. Que se meta en el "bajón" de ver esas imágenes. Porque revelan lo que verdaderamente resta. La verdadera tarea pendiente. El respeto por la vida humana.

Vivimos la permanencia en el hombre de la crueldad impune, mediática, leve y diseminada por la rapidez de la imagen, por la información veloz, que pasa por sobre todo como si todo fuera lo mismo: sencillamente una noticia. Se tortura en Irak. El Papa habló con el filósofo Habermas sobre la razón y la fe. Aumentó el desempleo. Los estudiantes viven el Mayo argentino. Murió un recordado actor cómico. (Recordado ahora que murió.) La biogenética pronto creará al hombre. Nuevas alianzas para las próximas elecciones. Chávez se aboca a la creación de armas nucleares. Estados Unidos (que ha duplicado su presupuesto misilístico) no lo permitirá.

Hay un tema pendiente y acaso no se resuelva, tal vez sólo pueda atenuarse. El hombre sigue siendo el lobo del hombre. La historia no es una cadena racional de datos dialécticos sino una acumulación de ruinas que el Angelus de Benjamin mira con horror. Freud sigue sin equivocarse cuando afirma que la felicidad del hombre sobre la Tierra no parece formar parte de la Providencia. Tampoco se equivoca cuando dice que el mandamiento "amarás a tu prójimo como a ti mismo" es imposible e irrealizable. Ni menos aún cuando dictamina que el Eros retrocede sin cesar ante la pulsión de muerte.

Las tareas pendientes, las cosas que restan por hacer son, entonces, las de siempre: reducir la muerte, el hambre, la tortura, el analfabetismo. Hoy vemos alguna escena atroz de las tantas que vemos sin cesar y decimos: "Qué humano". Decimos: "El hombre es así". Antes veíamos un gesto generoso, una mano tendida y decíamos, también: "Qué humano". Lo humano era lo abierto, lo que se daba, la entrega. Hoy, cada día más, nos vamos a acostumbrando a creer que es el horror. El daño y la vejación de los unos a los otros. Recuperar la dignidad de la condición del hombre, eso es lo que resta. Posiblemente sea demasiado. Pero eso a nadie autoriza a no hacer algo. A no ser, ante todo, él mismo, mejor. ●●●



EL ESTADO DE BIENESTAR

Por Sergio Moreno

La Argentina solía ser un país de esperanza, un sitio donde cada habitante sabía, en el fondo de su corazón, que sus hijos vivirían mejor que ellos. Eran épocas del sueño del ascenso social, sueño que, mágicamente, quienes vivían en este país veían concretarse a lo largo de su vida. Eso conllevaba implícito grandes esfuerzos, cada peso se ganaba sudando y no siempre la acumulación, a veces módica, se hacía en menos de una década. Pero los esfuerzos, generalmente, tenían sus recompensas.

El convencimiento colectivo de tal generosidad argentina tenía como sostén no sólo la voluntad de los hombres de trabajo, apoyada en una cultura de esfuerzo, propia de inmigrantes. Su anclaje con la realidad estaba en el elemento que diferenció a la Argentina de Latinoamérica, el Estado de bienestar, un Estado benefactor que no olvidaba, que protegía a quienes contenía. La construcción de *welfare state* criollo (modelo que adoptaron los países europeos tras la Segunda Guerra Mundial y que mantienen hasta la fecha, gracias a lo cual se han convertido en la región con mayor justicia social del planeta) reconoce su génesis en dos grandes batallas políticas. Una la dio el radicalismo; la otra, el peronismo. El radicalismo incorporó, a principios de siglo pasado, a las clases medias a la mesa de toma de decisión política nacional. Lo mismo hizo el peronismo, a mediados del siglo XX, con las clases bajas. Estos procesos, sumados, dieron como corolario la democratización de la decisión del poder en la Argentina: éste era el único país de América (Estados Unidos incluido) donde un obrero de la construcción (como de cualquier ramo) podía llegar a ser senador de la nación.

El proceso político de incorporación de la población al decisionismo político, sobre cuestiones de Estado, la creación de civilidad, de sociedad civil, tuvo su espejo en las reformas que llevaron al Estado argentino a preocuparse por la salud, la educación, la seguridad y el progreso de sus habitantes, por intervenir allí donde se crearan injusticias, a repartir equitativamente las ganancias que se producían en este suelo, generoso pero cruel.

Así, a principios de la década del ‘70, la Argentina tenía indicadores económicos y sociales similares –y en algunos casos mejores– que la Italia de la época.

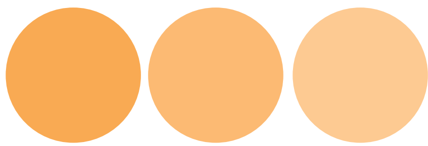
Esa Argentina comenzó a morir en 1975, con el estallido de la economía llamado “rodrigazo” (por el nombre del ministro de Economía del momento, durante el gobierno de Isabel Martínez de Perón, Celestino Rodrigo, un opaco funcionario vinculado al siniestro José López Rega) y continuó fatalmente con las políticas económicas perpetradas durante la dictadura. El tiro del final se produjo más acá en el tiempo, con Carlos Menem ejecutando su revolución conservadora de exacción y desguace del Estado nacional. Menem terminó de matar aquel sueño.

Todo ese proceso de destrucción estatal y el consiguiente desamparo en que dejó a la gran mayoría de los compatriotas tuvo su correlato en el sistema de representación política. Para hacer añicos al Estado benefactor también se debió hacer trizas la política. Hoy es común llamar clase política a quienes deben ser los representantes del pueblo. Quizás porque esos representantes contribuyeron, mayoritariamente, a destruir lo que tanta sangre, lucha y sufrimiento costó construir.

Hoy el desafío es doble. Reconstruir el Estado de bienestar sería, además de un acto de justicia, devolverle a la política un sentido de necesidad que no tiene desde hace tiempo. Y, a la vez, volver a tejer las redes de solidaridad y contención social que existían en aquella sociedad prerrodrigazo, una sociedad donde los vecinos se ayudaban, los chicos aprendían en los colegios públicos y tener un Premio Nobel en ciencias no era un imposible.

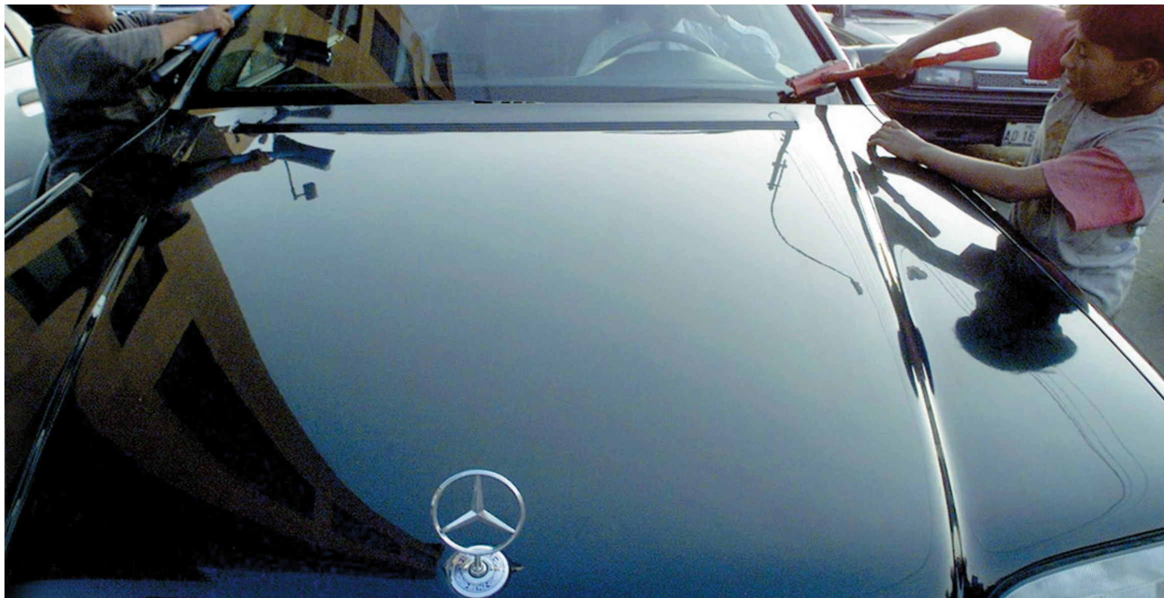
El filósofo francés Víctor Cousin escribió que “el Estado constituido más conforme a las normas de la moral es aquel en que todos toman parte lo más intensamente posible en los destinos de la patria y llevan doquiera, en la corriente de la vida, la conciencia de los públicos deberes”.

Volver a rearmar el Estado de bienestar sería volver a tener patria. ●●●



La agenda de lo difícil

Por Luis Bruschtein



¿Pendientes para el debate? ¿Pendientes para la ejecución? ¿Pendientes para descartar? ¿Pendientes para ordenar/organizar? ¿Pendientes para aclarar? Es una época de matices fuertes, pero matices al fin, donde el problema más difícil es ordenar factores que aparecen contradictorios. El neoliberalismo crudo ha sido la expresión más descarnada del capitalismo. El socialismo ha sido su polo opuesto. En la Argentina actual, ninguno de los dos forma parte central de la agenda de los pueblos ni de los políticos. O sea que, en realidad, todo está pendiente para discutir. Estas son nada más que algunas ideas.

● En esta coyuntura no se discute centralmente si se trata de regresar al modelo o establecer el socialismo. La discusión real es si se va a un esquema de capitales concentrados, con diferencias sociales agudas, o hacia uno más democrático en el marco del capitalismo, con una distribución de la renta razonable, con mayor calidad de vida de la población, educación, seguridad, salud y vivienda. Se dice que este último planteo resta competitividad a la economía, aumenta costos y desincentiva la inversión. El esfuerzo por salir de la crisis en este momento apacigua esa discusión, pero no falta mucho para que las medidas que se tomen arranquen definitivamente por uno de esos dos caminos.

● Existe la idea de que la renovación política es un fin en sí mismo. En realidad no es tan así, porque la política es una herramienta para lograr determinados fines. Por otro lado, se dice que si se logran esos fines con las herramientas que ya existen, entonces la renovación no es necesaria. De esta manera se fuerza la herramienta defectuosa y en algún momento se van a quedar con el mango en la mano a mitad del trabajo. Siempre una parte de lo viejo se mezcla –pero subordinado– con lo nuevo. Claro que si no se actúa en función de esa decisión de cambiar métodos y paradigmas y de construir nuevas herramientas, las cosas no cambiarán por arte de magia. Las obligaciones electorales y los roles estructurados de oficialistas y opositores enturbian y postergan esta discusión.

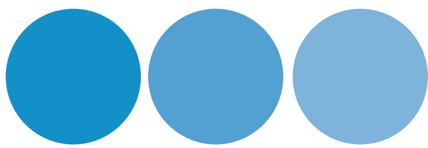
● Existe la idea de que para crear riqueza hay que destruir el planeta. Y tanto el socialismo real como el capitalismo se basaron en una competencia para la mayor producción de bienes. Ganó el capitalismo. Pero la base de esa competencia constituye una sentencia de muerte planetaria. Los países centrales, sobre todo en Europa, resuelven su problema acentuándolos en los países pobres. Haití es un país desolado; Africa es un continente desolado y América latina está en camino de serlo. Pero los criterios ambientales implican costos y ésta es una mala palabra en la economía y más cuando se trata de un país que intenta sacar la cabeza sobre el agua. Sostener en forma indefinida el paradigma dominante de sociedades consumistas y opulentas constituye un certificado de defunción.

● Gracias a la medicina se ha prolongado muchos años la expectativa de vida. Al mismo tiempo, el mercado de trabajo redujo varios años la vida laboral de las personas. Hay países donde no se da ninguno de los dos factores, pero la tendencia es ésa. Entonces en los países ricos, los que pueden se jubilan con rentas envidiables, en los pobres, pasan a engrosar las filas de los pobres. Hay un problema en cuanto a distribución de la riqueza, pero también en cuanto al valor que se asigna a la vejez en las nuevas sociedades. En general, ser viejo implica ser inútil y devaluado como persona. Son sociedades que generan más viejos para discriminarlos.

● La idea de que los medios no tienen contrato social y de que sólo son beneficiarios del derecho a la libertad de prensa convierte a los medios y a los periodistas en seres privilegiados. Los medios tienen un contrato con la sociedad que deben cumplir y ese contrato está dado por el derecho de los pueblos a la información. La libertad de prensa también es parte de él. Es cierto que el derecho a la información es difícil de implementar para que no afecte a la primera, pero también es cierto que las empresas mediáticas tampoco aceptan subordinarse a esa obligación. Una sociedad madura debería poder completar todas las cláusulas de ese contrato.

● Una sociedad que se asentaba principalmente en la actividad rentístico-financiera y no en la producción y el trabajo generó una cultura en consecuencia. Ideas sobre el tipo de "éxito", de fama, de trabajo, del arte y la creación, una relación prebendaria con el Estado, una relación prebendaria con la política, pérdida de sentido comunitario y miles de pequeñas y grandes verdades paradigmáticas que usan las personas para relacionarse y hacer su vida permanecen en la sociedad. Cualquier cambio en política y en economía que se quiera impulsar será mucho más difícil si al mismo tiempo no se reemplazan estos paradigmas en el plano de la cultura y la educación. Se trata de un debate profundo en la cultura cuya importancia no se visualiza con claridad desde la política. ●●●





El problema de la Justicia

Por Victoria Ginzberg

GONZALO MARTINEZ



El fin de toda etapa es el principio de una nueva. La sentencia del juicio a los ex comandantes abrió la posibilidad, luego abortada, de enjuiciar a quienes, desde cargos altos, medios y bajos habían participado del engranaje represivo de la última dictadura. Las leyes de punto final y obediencia debida y los indultos no paralizaron, movilizaron. Esa movilización se convirtió en el germen de la confesión, de los juicios en el exterior y también de nuevas investigaciones en la Argentina. La declaración de inconstitucionalidad de aquellas normas demostró que era posible volver a oponerse a la impunidad desde la Justicia. Y ese fallo también fue sólo un inicio. En poco tiempo más la Corte Suprema dará luz verde para que sean juzgados los represores de la dictadura. Nuevamente un cierre y a la vez un comienzo.

El pronunciamiento de la Corte no saldrá de un cascarón. Existen varios procesos abiertos contra represores en los tribunales argentinos y hay alrededor de 150 militares presos. Pero la decisión del máximo tribunal pondrá fin a la incertidumbre y permitirá que, por fin, los culpables sean condenados.

La Justicia se puso en funcionamiento en lo que a este tema se refiere. Pero los arrestos deben ser el principio y no el fin de la cadena. Un juicio implica no sólo la denuncia y el encierro de los acusados, sino sobre todo escuchar a los testigos, averiguar qué pasó con las víctimas, recolectar las pruebas y, finalmente, dictar una sentencia.

Ese es el verdadero cierre de un proceso judicial: la sentencia.

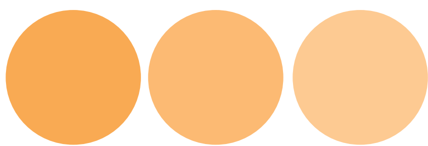
Es lo que impide que un juicio se suspenda porque los represores están viejos e incapaces. Es lo que limita que las condiciones de excarcelación se vuelvan una discusión de fondo cuando debería ser sólo un incidente menor. Es lo que permitirá a las víctimas, a los familiares, hacer un descanso, aunque su camino no termina, pues en estos treinta años han acompañado a otros que también necesitan justicia.

Desde 1983 la sociedad argentina está tratando de reconstruir el tejido social que rompió la dictadura. Durante muchos años la imposibilidad de hacer juicios sobre los delitos más graves cometidos en el país abonaron la desconfianza y el desprestigio del Poder Judicial. Luego los jueces de la servilleta y una Corte Suprema encabezada por un ex jefe de la policía de La Rioja hicieron lo suyo.

María Julia Alsogaray tiene una sola sentencia –y no está firme–, pero acumula decenas de denuncias por delitos que ya huelen a viejo. Hace pocos días se conoció la confirmación de la sentencia por el escándalo de los guardapolvos de Eduardo Bauzá. Una investigación que tardó quince años en concluir y terminó con condenas menores a dos funcionarios de segunda línea y dos miembros de la empresa fantasma que debería haber confeccionado los guardapolvos.

Si los juicios por ofensas cometidas en la función pública no se demoraran lustros con procesamientos eternos (en el mejor de los casos), el acortamiento de los tiempos de las prescripciones no implicaría un debate público ni sería motivo de indignación. Si los miles de presos amontonados en las cárceles tuvieran certeza de un juicio justo y rápido con las debidas garantías, no estarían tan amontonados. Si el Estado tuviera una idea completa, un plan estratégico, de cómo debe funcionar la Justicia, no se producirían parches permanentes, en su mayoría destinados a acallar el reclamo de quienes piden mano dura. Si no se hubieran tenido que soportar años de impunidad de crímenes atroces y de una connivencia pública entre el poder político y el Judicial, no se generaría una sensación de desconfianza ante un fallo que no se ajusta a las expectativas de la opinión pública.

La remoción de jueces cuestionados es sólo un aspecto del problema. El desafío es construir la Justicia, transformarla en un sistema que funcione y sea creíble y confiable. ●●●



Atrevernos a ser normales

Por Sergio Kiernan

Una de las frases más conocidas y peor entendidas de Sarmiento es aquella que dice que el mal de la Argentina es su extensión. Pavotamente, generaciones de nacionalistas repitieron que el Gran Pelado quería achicar el país, como si el problema detectado fuera de agrimensura. Sarmiento andaba comparando con Europa y las zonas civilizadas de EE.UU., donde todo quedaba cerca, donde entre pueblo y pueblo había un ratito nomás y el tejido urbano nunca dejaba demasiado campo entre medio. Y lo que avisaba el futuro presidente es que en un país donde había días de carreta entre ciudad y ciudad, el drama resultaban los vacíos intermedios. Iba a resultar difícil crear una sociedad civil por estos pagos vacíos. El mal argentino era la extensión.

Para variar, Sarmiento había puesto el dedo en el centro exacto del problema que le interesaba, aunque no siempre sus conclusiones fueran correctas, ni siquiera desinteresadas. Y a un siglo y pico de su frase, se puede decir que el mal de la Argentina desciende del que él señaló: la baja calidad de su gobierno, de su sociedad civil, de sus ideas.

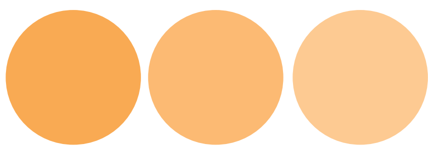
Una de las cosas más fáciles de percibir de este confuso país es que, en el fondo, no sabemos gobernarnos. Ya queda claro que el argentino, individualmente, desaparece exitosamente en cualquier sociedad a la que se mude. En Europa, EE.UU. o Australia, el argie no es el roñoso, el chanta, el incapaz. Es, como mínimo, uno más entre europeos, yanquis o australianos, pagando sus impuestos, manejando con el exacto nivel de respeto que se acostumbre por allá, trabajando como se trabaje en el pago adoptado. Esto es, no hay nada genético en el desorden nacional. En estas situaciones, hasta florecen ciertos talentos que no nos caracterizan por acá, como el científico.

Pero en Argentina seguimos sin administrar nada como la gente. La Justicia es una estructura patética, incapaz de hacer su trabajo en tiempo y forma, cribada de incapacidades, agachadas y matufias. La burocracia estatal no tiene atisbo de ser algún día ese instrumento brillante de las naciones, un servicio civil meritorio y meritocrático. Las Fuerzas Armadas siguen delirando con dragones canonizados en lugar de aprender su trabajo. Tanta incapacidad hace rato que vacunó al argentino contra cualquier confianza hacia instituciones que se rigen por la ley de la coima y el interés político del jefe de turno. Esta convicción cínica se confirma en detalle en casos como Cromañón, que muestran la sumatoria coimas-incapacidad-mala fe-politización. La lista de casos a nivel ciudad, nacional o provincial podría ser extenuante.

El problema del cinismo es que a la larga o a la corta lo deja a uno indiferente. ¿Para qué moverse, si todo es un tango de Discepolín? Entre nosotros vale la protesta airada y pasional, desbordada, pero es rara la construcción a largo plazo. Y ésta es la tragedia nacional, que la verdadera raíz del problema es el sistema político, lo que requiere una construcción a largo plazo, aburrida, cotidiana, constante.

Lo que los romanos llamaban *curso de honores* es entre nosotros una máquina de seleccionar a los peores que tolera a los que no son de lo peor sólo si se portan lo peor posible. El político argentino viene en tres formatos: el cínico ladrón, el que busca mojar y durar, y el militante ardiente de idealismo. Los tres, en combinación, acaban empatando y parando la pelota, por lo que nunca cambia nada y seguimos teniendo una dirigencia que asombra por su mediocridad intelectual, moral, de conducta. Y una plúmbea consecuencia de este cuadro es que como la política estropea todo, absolutamente todo, todo está politizado. Pocos países como éste exigen un nivel de politización tan alto sólo para sobrevivir, para tener una mínima idea de lo que nos pasa. Es envidiable el descanso que se tiene en otras naciones, no necesariamente del primer mundo, de la política. Son países donde uno se puede dar el lujo de no leer el diario sin que la realidad te aplane un buen día.

Entonces, para sacarse de encima a la política, hay que trabajar la política, aumentar su calidad, hacerla una actividad más normal en el sentido de que sea opción de gente normal que pueda seguir comportándose normalmente. Con un poco de suerte, un día nos cae la ficha y se nos ocurre cómo se hace. Después de todo, hace no tanto este país consideraba normal ser gobernado por militares, algo inimaginable hoy. ●●●



Airear a los federales

Por Fernando Cibeira

La arquitectura del menemismo contó con una columna judicial. Pieza a pieza se fue montando una estructura, con vértice en la Corte Suprema automática, con el objetivo de garantizarle un cómodo paso por la función pública –amén de una tranquila jubilación– a los protagonistas de la nueva década infame. Debido a la poca inclinación del menemismo al disimulo y al trabajo de un periodismo atento, el armado fue puesto al descubierto más temprano que tarde. Quedó para los gobiernos siguientes la labor de desmontar ese andamiaje, algo que luego de varios balbuceos y arrepentimientos recién pudo cristalizarse con la seguidilla de juicios políticos impulsados durante la actual gestión. Ya casi quedó liquidada la vieja mayoría en la Corte –sólo resiste a duras penas Antonio Boggiano–, pero la tarea no estará completa hasta que los bríos de renovación no lleguen también al fuero federal, verdadero factótum de esa “asquerosa sensación de impunidad” de la que se habló en los últimos días.

Además de llevar a sus amigotes a la Corte, Menem dejó que Hugo Anzorreguy y Carlos Corach coparan los juzgados federales con un grupo de muchachos, los de la servilleta, que supieron compensar algún bache en su formación jurídica con una gran elasticidad para amoldarse a las diversas circunstancias a las que se ven enfrentados. Ciegos, sordos y mudos durante la gestión de Menem, les quitaron un poco de polvo a algunos expedientes en los gobiernos que siguieron sin dejar nunca de alinearse –o al menos intentar hacerlo– con el oficialismo de turno, no sea cosa de perder la costumbre y que de un día para el otro haya que ponerse a investigar enriquecimientos ilícitos, sobornos en el Senado y demás cuestiones. ¿Para qué incomodar?

En el fuero federal –vale recordar que es el que se ocupa de investigar los delitos cometidos por los funcionarios públicos en el uso de sus funciones– resisten el paso del tiempo: María Romilda “Chuchi” Servini de Cubría (la del Yomagate, una de las primeras causas de la corrupción menemista), Jorge “Pati” Ballestero (tiene la causa de la leche de Vicco y durante los años dorados llegó a cruzar algunos drives con Menem en canchas de tenis en Punta del Este), Norberto “Petiso” Oyarbide (el PJ lo salvó del juicio político en el recordado affaire Spartacus), Rodolfo “Rodi” Canicoba Corral (entre muchos otros, cajoneó el expediente del atentado a la AMIA), Jorge Urso (llegó a juez luego de ser el abogado del divorcio de Miguel Angel Toma), Juan José Galeano (el primer juez de la AMIA, está suspendido y con juicio político en marcha) y Claudio Bonadío (ex número dos de Corach en la Secretaría de Legal y Técnica).

Los servilleteros tienen algunos puntos en común. Por lo general, muestran un tren de vida muy por encima de lo que les permitiría su sueldo de funcionario judicial. Además gustan de los autos caros, las motos, los caballos pura sangre y en algunos casos también de las armas. Tal vez para distraerse un poco de los escabrosos asuntos que les toca investigar, aman la diversión. Es leyenda en Tribunales aquella fiesta de fin de año del ‘95 (¡si había cosas que festejar entonces!) donde los jueces terminaron armando un trencito en el tercer piso del circunspecto Palacio de Justicia.

En cuanto a lo laboral, adhieren a un estilo de investigación espasmódico. Cuando la atención pública se posa en algunos de sus expedientes, toman una velocidad de vértigo. Allanamientos, indagatorias, procesamientos, hasta de alguna atrevida prisión preventiva son capaces. Luego, cuando las luces se apagan, dejan que las causas vuelvan a la paz eterna de los archivos hasta llegar a la lenta pero inexorable prescripción. Que exista una filmación del delito o la aparición de un arrepentido no les altera el pulso. Las causas rara vez llegan a juicio, una situación que días pasados le permitió a María Julia Alsogaray volver a su petit hotel.

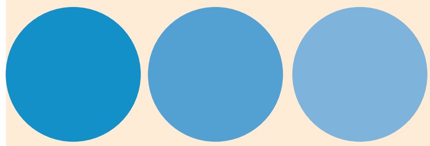
La rutina de los servilleteros sólo puede modificarse si su posición personal corre peligro o si el oficialismo de turno les hace saber sus urgencias. Entonces, de vuelta al vértigo.

Bonadío dio un ejemplo extraordinario la semana pasada. Luego de los múltiples cuestionamientos que venía recibiendo por su actuación en el expediente por ocultamiento de pruebas en la investigación AMIA que lo ponían como seguro candidato a seguir a Galeano en el banquillo del juicio político, se despachó de sopetón con ¡37! citaciones a declaración indagatoria. Eso sí, se cuidó de no incluir a su padrino Corach en esa larguísima lista.

Airear el fuero no será sencillo. En todos estos años, los federales anudaron fuertes lazos con el poder político. Además, buscaron la forma de lavarse la cara. Urso metió preso a Menem. Oyarbide también lo procesó. Otros, en cambio, firmaron importantes condenas por los crímenes cometidos durante la dictadura. Pero si de veras la intención es sanear institucionalmente el país, que renazca la idea de justicia, que termine la sensación “asquerosa”, los jueces de la servilleta deben ser reemplazados. Aunque no sea sencillo, debe hacerse. ●●●

GUSTAVO MUJICA





UN POCO DE TODO

Por Eduardo Aliverti

Esta nota se escribe en plena conmoción por los fallos excarcelatorios de María Julia Alsogaray y Omar Chabán. No está mal, porque obliga a recordar uno de los grandes temas pendientes de este gobierno: el aparato intacto de la corporación judicial, con la única salvedad de los cambios en la Corte Suprema.

Es un asunto que parece no estar a la altura de otras cuestiones en mora, como la redistribución de la riqueza o –hermano gemelo de la anterior– un sistema impositivo que sigue contándose entre los más regresivos del mundo. Sin embargo, desde su carácter simbólico sí lo está. Que lo desmienta el propio Kirchner, si no, que en sus primeras horas como jefe de Estado empleó la cadena nacional para anunciar la promoción del juicio político a Julio Nazareno, uno de los máximos emblemas de los tiempos de la rata. Después soplaron otros vientos igual de positivos y gente como Zaffaroni y Argibay, casi inimaginables como integrantes del máximo tribunal de la Nación en casi cualquier etapa que se quiera, llegó para esperanzar respecto de la perspectiva de cambios de fondo en la "familia" de la Justicia. Pero todo se agotó en la punta de la pirámide. Y es muy difícil no imaginar o deducir que la falta de limpieza hacia abajo vino a coincidir con la defección del kirchnerismo, en ciertos compromisos higiénicos del presunto nuevo tiempo que dice encarnar: básicamente, murió la transversalidad al cerrar trato con el aparato del PJ. Y si el Presidente obró así como táctica de acumulación de fuerzas, para después usar una propia consolidada en las urnas, tendrá que demostrarlo. Lo concreto es que una Justicia intocada, en los referentes más operativos de su esqueleto inepto y corrupto, no sólo permanece como un deber incumplido sino que además hace sospechar firmemente acerca de la vocación renovadora del oficialismo. Es un dato nada secundario, porque ineptitud y corrupción judiciales son, precisamente, una pata primariamente funcional a los intereses de clase que sostienen la escandalosa inequidad del reparto de la riqueza. ¿O resulta que era así durante los tiempos de la rata, pero ahora no?

Los más ricos llevándose una parte mayor de la torta y los más pobres quedándose con una cada vez menor es un dato que se consolidó durante el actual gobierno. Y a partir de esa constatación, y sin perjuicio de medidas saludables en eso que se define como "lo institucional" (la política de derechos humanos en relación con la dictadura, el descabezamiento de cúpulas militares y policiales, la citada modificación de la Corte, etcétera), es que puede aseverarse que cambió el discurso pero no el modelo. Algunos se confunden y afirman que la quita en la deuda demuestra lo contrario, tanto como cierta reactivación del mercado interno. Es falso. Lo primero tiene el valor de un vaso medio lleno si es que quiere vérselo desde la posición de mayor fuerza ante una porción de los acreedores y el haber asomado la cabeza tras el default; pero, aun cuando se obviase que los organismos multilaterales y corresponsables del estallido continúan privilegiados, lo concreto es que esta administración no brinda siquiera un signo de que el esquema productivo y la matriz distributiva vayan a sufrir cambios de raíz. Y en cuanto a lo segundo, al igual que el crecimiento de la economía con índices técnicamente chinos, no estamos hablando de otra cosa que un obvio efecto rebote tras el desmadre general (y con alrededor de la mitad de la población afuera del mapa o en sus bordes).

Un símbolo de esa inexistencia de alteraciones estructurales –que, de vez en cuando y en voz baja, es reconocido por algunos funcionarios– lo constituye el mantenimiento de un sistema tributario monstruosamente regresivo. Y tanto respecto de eso como de lo anterior, siguen escuchándose los versos de que para repartir primero hay que tener. Es exactamente al revés: primero se debe repartir (en una etapa, además, en que el Estado se enorgullece de sus arcas pletóricas) para corregir la inequidad social, y después se ve qué se hace con lo que queda. Casi, hasta suena de Perogrullo.

Y si es por temas pendientes vaya un párrafo final para otro escándalo que se arrastra desde la recuperación democrática, y que muestra al oficialismo con una evidente mirada hacia el costado (por ser suaves) aunque compartiendo responsabilidades con el conjunto de la dirigencia política: Argentina prosigue regida por la Ley de Radiodifusión que firmaron Videla, Martínez de Hoz y Harguindeguy. Como si se tratara de que los medios deben continuar como están para que ciertas verdades de fondo no pasen del rango de tratamiento espasmódico. ●●●

¿No se iban a ir “todos”?

Por Raúl Dellatorre

Designar el momento de inicio o fin de un ciclo, en particular cuando se trata de fechas recientes, suele ser arbitrario. En este caso, no faltarán argumentos a favor (tampoco en contra) de señalar al 19 y 20 de diciembre de 2001 como fin de una etapa y comienzo de otra. En definitiva, el actual Gobierno es un emergente de aquella situación y, por tanto, forma parte de un período que trasciende su tiempo material al frente del Ejecutivo. Al hablar de las cuestiones pendientes, entonces, podemos hacerlo a partir de las expectativas, demandas y necesidades que se forjaron en aquellos días y dieron lugar a la más importante revuelta popular en las últimas décadas de historia de este país.

¿Se acuerdan de la consigna “que se vayan todos”? Difícilmente alguien pueda haberla olvidado, más allá de las innumerables reinterpretaciones a que dio lugar. Para ser claro, doy la mía: la demanda estaba referida a “todos” los que tuvieran que ver con una forma de hacer política que había caído en la absoluta falta de representatividad, ya fuera desde los partidos políticos, los sindicatos o cualquier otra institución pública. A derecha e izquierda, la falta de reflexión sobre una nueva forma de organización social –la larga siesta de los intelectuales orgánicos del fin del siglo XX, podría decirse metafóricamente– y consecuentemente de representación, dejó huérfanos de ideas a muchos de los que debieron ocupar, u ocuparon sin las cualidades para el asunto, cargos dirigentes. Si la sociedad y sus organizaciones son el contrapeso a la acumulación de más poder de los que ya son poderosos, la falencia de las primeras les deja el camino allanado a los últimos para que sigan avanzando en su proceso de concentración.

Llegado este punto, podemos interrogarnos sobre las cuestiones pendientes para alcanzar esos cambios, que le otorguen una herramienta de contrapeso a la sociedad frente a quienes se aprovechan de ella. ¿Se fueron “todos”, al menos aquellos “todos” que ya no podían representar ni liderar a una sociedad en el tránsito hacia un estadio de mayor justicia? Es fácil responder que no, pero habrá que reconocerles a muchos de los condenados por las movilizaciones de diciembre de 2001 una enorme capacidad para disfrazarse, transmutarse, asimilarse y seguir siendo lo que eran aunque pareciendo otra cosa.

¿Es el actual Gobierno nada más que una asimilación a los tiempos que corren de los gobiernos tradicionales de los partidos tradicionales de las últimas dos décadas? Nadie puede decir que tiene elementos suficientes para dar una respuesta definitiva, en un sentido o en otro. Pero vale señalar los resabios del ciclo político anterior, las “cuentas pendientes” para demostrar que efectivamente éste es un gobierno de “nuevo tipo”.

¿Por qué se sigue recurriendo a dirigentes políticos y a formas de hacer política en las llamadas “provincias chicas”, tan vinculadas al caudillismo y formas casi feudales de organización para formar esa especie de escudo de respaldo al gobierno nacional?

¿Por qué se sigue generando una suerte de compromiso o vínculo permanente con la vieja dirigencia sindical, reconociéndole desde el Gobierno una representatividad que sus propias bases no le reconocen, para construir consensos que, en definitiva, serán tan débiles como el respaldo que esos mismos dirigentes concitan?

¿Por qué se mantienen viejas estructuras del Estado viciadas por su dependencia de los mismos intereses económicos a los que deberían controlar, en vez de ejecutar un cambio de fondo que remueva esa lacra?

Con estos condicionantes, sin removerlos previamente, difícilmente se asista a una transformación en serio. Las expectativas abiertas con el derrumbe del viejo sistema que se pretendió ejecutar aquel “19 y 20” podrían volver a verse frustradas, si es que nadie va a capitalizar esa enorme fuerza que es la gente en las calles, capaz de equilibrar cualquier “relación de fuerzas desfavorable”, ese argumento tantas veces aprovechado para justificar la inmovilidad. El efecto de aquel impulso no se agotó. El tiempo para remover esos resabios –una cuantiosa cuenta pendiente–, tampoco. ●●●

LAS LISTAS

Por Alfredo Zaiat

El muchacho era un obsesivo de aquéllos y, para ser fiel a sí mismo, preparó listas sobre los temas pendientes, en estricto orden de importancia.

Primera lista

- Impulsar una reforma tributaria para que paguen más los que más tienen. Enumeró apenas tres cambios en el sistema impositivo: **1.** Gravar la renta financiera. **2.** Bajar el IVA. **3.** Fijar un impuesto a las Ganancias de capital.
- Definir una reforma del sistema previsional para que los futuros jubilados no sean un negocio financiero de los bancos (AFJP).
- Diseñar una política industrial que favorezca el desarrollo de las pequeñas y medianas empresas y su encadenamiento productivo con las grandes.
- Articular un plan de seguro de desempleo y formación para que la asistencia pública no sea un subsidio de subsistencia sino también una vía de reinserción laboral.
- Universalizar los planes sociales para terminar con la indigencia y la pobreza.
- Aumentar los salarios en términos reales.
- No tener ningún acuerdo con el Fondo Monetario Internacional.

Segunda lista

- Convencerse de que la política educativa es tan importante como la política económica.
- Admitir que la educación no es solamente una ley de financiamiento. Que el dinero es condición necesaria pero no suficiente.
- Educar que de la pobreza no se sale simplemente con superar la línea de ingresos de 736 pesos. También hay que salir de la pobreza de la educación.
- Preparar a los docentes para adaptarse a la realidad de los niños y adolescentes, y no viceversa.

Tercera lista

- Construir calles, escuelas y salas de primeros auxilios donde no existen. Así también se distribuyen ingresos.
- Privilegiar la obra pública de la ciudad de Buenos en la zona sur, área más parecida a Kosovo en contraste a la París de la zona norte.
- Desechar soluciones fáciles y que el pavimento no sea de asfalto y sí de hormigón, que sale más caro pero dura mucho más tiempo.
- Invertir en obras de infraestructura.

Cuarta lista

- Obligar a que todos los colectivos tengan acceso para discapacitados.
- Proponer que los funcionarios tienen que dejar su auto con chofer y viajar en subte, colectivo y trenes. Es probable que así se mejore el servicio.
- Poner semáforos donde son necesarios.
- Abrir cines y sala de teatro en los barrios.
- Arreglar las plazas.
- Insistir con la campaña para que los dueños de los perros levanten la caca de su amada mascota.
- Establecer un plazo perentorio para que Duhalde y su aparato se retiren definitivamente de la política.

Quinta lista

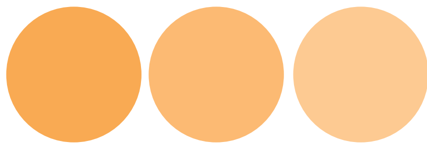
- Instrumentar una estrategia para que los violentos no manejen el fútbol.
- No quedar atrapados en una discusión absurda a favor o en contra del aborto. Simplemente, despenalizar el aborto.
- No castigar a los tenedores de drogas no permitidas por ley. Y sí perseguir a los traficantes de drogas prohibidas.

Ultima lista

- No olvidarse de comprar camiseta, bandera, gorro, vincha y corneta para preparar el festejo si Racing sale campeón.

¿No serán demasiados los temas pendientes? ●●●





Dar una mano y recibirla

Por Marta Dillon

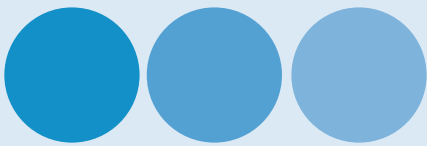
Hay temas pendientes que son heridas y nunca cicatrizan: ¿dónde están los huesos de mi madre? ¿Cuál fue el destino de cada uno y cada una de los desaparecidos? ¿Quiénes apretaron el gatillo, condujeron los aviones, los camiones, prendieron fuego, abrieron las fosas, se quedaron con los botines? ¿Dónde están los jóvenes que buscan las abuelas? ¿Por qué hay tantos hermanos y hermanas que siguen separados? ¿Qué pasó con los empresarios que entregaron a sus trabajadores y trabajadoras? ¿Siguen ganando dinero? ¿Vendieron sus empresas una vez que desactivaron los conflictos? ¿Dónde está el cuerpo de Miguel Bru, estudiante, desaparecido en democracia? ¿Dónde el de Andrés Núñez? ¿Donde están los tres desaparecidos en Mendoza, también en democracia? ¿Dónde está Marita Verón? ¿Vive? ¿Está siendo explotada? ¿La vendieron a España o a Colombia? ¿Y Fernanda Aguirre? ¿Y las turistas desaparecidas? ¿Cuántas veces vamos a repetir la palabra desaparecidos sin que se nos marchiten los oídos? ¿Por qué toleramos que cada año muera un millar de personas de hambre, aquí mismo, entre nosotros?

Hay otros asuntos pendientes como péndulos, se hamacan siguiendo la atracción del vaivén de la opinión *¿general?:* ¿qué se hace con los chicos que viven en la calle? ¿Se los encarcela? ¿Se los oculta en institutos? ¿Se los entrega en guarda, a hogares de paso, a curas que los toman de rehenes? ¿Es legal que trabajen? ¿Que limpien vidrios es mejor que arrebaten? ¿Que hagan malabares es preferible a que pidan monedas? ¿Las piden para comer, para enriquecer a un explotador o para comprar pegamento? ¿Y los pibes chorros? ¿Cerramos los ojos mientras se los mata? ¿Es realmente fácil el gatillo? ¿Cuántos chicos murieron en hechos delictivos sin que se nos mueva un pelo a los biempensantes que nos movemos en taxi o por el centro para no exponernos a su violencia? ¿Cuántos pibes se mata para que no ocupen lugar en las comisarías? ¿Cuándo dejarán de llenar los calabozos? ¿Es ilegal condenar a menores a cadena perpetua o bueno, tal vez no, porque si entró a los 16 y cumple 25 años preso a los cuarenta y pico a lo mejor tenga una oportunidad? ¿Nos importa lo que sucede detrás de los muros de la cárcel? ¿Los derechos humanos son de los delincuentes? ¿Todos los problemas que nos angustian se resuelven pidiendo cárcel, cárcel ya, cárcel sucia y fea para cualquiera como la que padecen los presos comunes? ¿Si pedimos una cárcel y una celda común para los delincuentes con poder es porque nos parece bien el estado de las cárceles? ¿Está bien que los comerciantes tengan armas para defender sus bienes? ¿Y los particulares? ¿Habría que tener armas en el country? ¿Estamos dispuestos a matar? ¿Qué quiere decir "estamos"? ¿Quiénes somos nosotros? ¿Nosotros sin negros, bolivianos, paraguayos, coreanos y todas sus variantes de género que impone la corrección política? ¿O nosotros con italianos, españoles y europeos varios?


GUSTAVO MUJICA

Están los temas pendientes que ocupan ahora mismo la agenda pública y parecen a punto de resolverse, aunque no, aunque se resuelvan por omisión o por prepotencia de la costumbre: ¿habrá educación sexual en las escuelas? ¿Podremos hablar con nuestros hijos e hijas desde el placer y el respeto por su intimidad? ¿Les daremos la chance de que pregunten más allá de las cuatro paredes de la casa propia, que encuentren en quién confiar, que encuentren su camino aunque se equivoquen, metan la pata, vuelvan a intentarlo? ¿Podemos cuidarlos y cuidarlas, respetar sus errores y darles la mano para que por eso no descarten sus sueños? ¿Podremos decir las mujeres en voz alta sin que parezca un acto de arrojo casi suicida, algunas que acompañamos, otras que abortamos pero que esa experiencia está tan enredada en la identidad mujer como menstruar cada mes o extrañar el ciclo? ¿Podremos consolar a las que están en ese trance sin juzgar la razón por la que quedaron embarazadas? ¿Podremos decir, sin apelar a la prohibición y sin temor a parecer moralistas, que es desagradable la forma en que se muestra el cuerpo de las mujeres, se lo interviene, se lo manosea, se lo envuelve en ropa imposible y se le exige una belleza que sólo consigue el quirófano? ¿Qué hacemos con los y las viejas? ¿Miramos para otro lado? ¿Es terminar con la discriminación legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo? ¿No habrá algo más que revisar en el lenguaje? ¿Por qué puto y puta son insultos?

Y hay otros temas que quedan en la agenda, que se anotan de año a año, de semana en semana como pendientes, deseos más íntimos y que duelen menos, pero son los que nos permiten cargar la mochila cotidiana con tantas preguntas formuladas y por formular, con las heridas abiertas y con las cicatrices que duelen en ciertos días: caminar una vez más descalza en la arena, bañarme sin ropa en el mar, leer todos los libros que debo, ir a almorzar con mis amigas y sentir cómo el sol nos colorea las mejillas. Bailar, mucho, hasta que toda la ropa se moje. Sentir el amor y que me parta un rayo. Que el cuerpo sepa cada vez su razón de ser. Dar una mano. Y recibirla. ●●●



Sacarse los zapatos

Por Sandra Russo

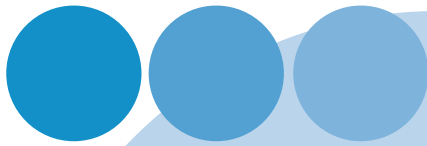
Desde que tengo uso de razón me aprietan los zapatos.

Ser argentino es como haberse comprado zapatos nuevos. Duros y en punta. Ideales para que a una la pasen a buscar en auto y la depositen en un cine o en un restaurante, pero fatales si el programa es caminar sin rumbo fijo. Ser argentino es caminar sin rumbo fijo, pero con zapatos nuevos. Ser argentino es una piedra en el zapato. Una molestia permanente que no nos deja concentrar en el paisaje, ni en el día extraordinario que acaso nos ha tocado en suerte, ni en esa callecita tentadora, ese pasaje de nombre raro que no figura en la Guía Peuser. La Argentina es un pasaje que no figura en la Guía Peuser. Una curiosidad geográfica, política y social, una sorpresa cultural, un desconcierto fenomenal a la hora de atajar el talento. El talento argentino chorrea a borbotones y es malo y es bueno. Es bueno porque es mucho y de tanto que es, se sale de cauce. Por eso mismo es malo. Porque termina desaprovechado y porque, por si eso fuera poco, como solían decir los talentosos vendedores ambulantes, encima está sobreestimado: es mucho pero creemos que es muchísimo. Ser argentino es arreglarse con poco y tener grandes ideas. Y no poder llevarlas jamás a cabo. Es estar en el medio del río y no ver una luz, como los uruguayos, que según Jorge Drexler cantó en la entrega del Oscar, creen haber visto esa luz al otro lado. Los argentinos no vemos lucecitas. Vemos estrellas fugaces. Somos de encandilarnos. De enceguecernos. De llevarnos todo por delante. Las lucecitas siempre nos parecen poca cosa. Los argentinos tenemos grandes expectativas. Tantos climas y tantas esperanzas. Y la realidad nos torea y lo que hay es menos, siempre menos de lo que hemos soñado. Ser argentino es haberse desilusionado. Es haber creído que estábamos para el campeonato. No se puede creer cuando nos eliminan en cuartos de finales. ¿No éramos los mejores? Pareciera que no. Pareciera que prometíamos. Como antes, como hace tanto, como cuando no habíamos nacido, pero el granero del mundo pintaba para potencia. Y mirá lo que quedó. Pendejos cartoneando. Pendejos haciendo malabares. En los semáforos, ellos hacen que saben tirar las pelotitas como si fueran del Sarrasany. Pero las pelotitas se les caen y dan pena, y algunos ni los miran, pero otros les ponen la moneda de veinticinco centavos en la mano precisamente porque las pelotitas se les caen, porque no son payasos, porque te parte en dos el patetismo de la gracia mal hecha. El papelón por veinticinco, ¿quiere que se lo haga de nuevo? Cuando corte el semáforo, ellos van a volver a hacer lo que saben. Qué van a saber, si tienen siete años. Ser argentino es quedarse pensando en ese chico y también es olvidarse. Es tener memoria del horror y desmemoria. Es tener conciencia de que hoy no se chupan a nadie por pintar una pared pero putean porque cortan una calle. Es vivir con la soga al cuello porque nunca, nunca en estos años se logró exterminar el bicho autoritario. Ese bicho que nos sale de adentro, del intestino del país, esa bacteria comecarne que no mata ideas pero mata gente. Acribillada o de hambre. Ser argentino es no haber terminado de sacarse la faja. Vivir fajado para no decir todo lo que uno piensa. Ser argentino es no querer escuchar la verdad cruda. Es apenas aceptar la verdad razonable. Es desnudarse a medias, dejarse los zoquetes puestos en una noche de frenesí. Ser ridículo. Eso es ser argentino. Capitanes Beto con fotos de Gardel rumbo al espacio. Es estar orgullosos de Ginóbili (de Manu) porque triunfa en EE.UU. y repetir como pelotudos que inventamos el colectivo, el dulce de leche y las huellas digitales. Es ser poquita cosa pero con una soberbia obesa. Ser argentino es andar con zapatos nuevos como la democracia que ya anda por la mediana edad y sin embargo parece una quinceañera atolondrada que en cualquier momento vendrá a decirnos que quedó embarazada. ¿De qué estará embarazada esta democracia nuestra? ¿Qué parirá? ¿Un mañana más amable para la mayoría o un monstruo que la devore?



Ser argentino es haberse comprado zapatos nuevos y salir a caminar sin rumbo fijo. Es maldecir esta naturaleza de comprador compulsivo. Es hacer facha con los zapatos nuevos cuando lo único que los haría felices sería olvidarnos que tenemos pies, y andar ligeros, cómodos, reconciliados con el modesto piso que pisamos.

Ser argentino es pedir lo imposible, ser realistas. ●●●



Más de 20 cromañones

Por Pedro Lipcovich

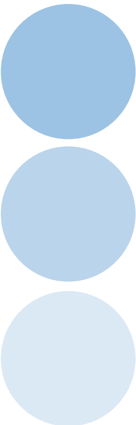
El tema de los accidentes de tránsito, carente de glamour, un poco incómodo, cuya dimensión política eligió este columnista el año pasado, sigue pendiente. Cierto es que hasta el año pasado había temas aun menos glamorosos, por ejemplo, el cumplimiento de las normas de seguridad contra incendio en locales públicos. Hoy, a la catástrofe de Cromañón bien puede aplicársele lo que el columnista escribió hace un año sobre la seguridad vial: "Uno de esos asuntos que pueden arrojar alguna verdad en la cara de la política que se nombra como tal".

En 2004, en la Argentina, hubo 12.260 accidentes graves, contra 9905 en 2003. En los cuatro primeros meses de 2005, las organizaciones dedicadas al tema admiten un aumento que en la ciudad de Buenos Aires llega al 15 por ciento con respecto al año pasado. En el primer cuatrimestre del presente año, hubo 3933 muertos en 4566 accidentes graves en todo el país. En la ciudad de Buenos Aires, se admite ya el fracaso en la campaña a favor del uso de cinturones de seguridad. Pero todavía no se admite la razón por la cual ésa y cualquier otra campaña centrada en el uso de cinturones de seguridad están destinadas al fracaso y quizá lo merezcan. No puede sino fracasar una campaña que, desentendiéndose de modificar la cultura vial predominante, se limite a proteger al mismo conductor que seguirá poniendo en peligro las vidas de otros al cruzar con el semáforo en amarillo o rojo, que no respetará las sendas ni las prioridades de los peatones, sólo que, eso sí, cuidándose, él, mediante su cinturón de seguridad abrochado.

Como ya es obvio en todo el mundo, la reducción de los accidentes de tránsito es absolutamente factible mediante un cambio en el sistema de sanciones, que debe centrarse, no en multas, sino en la suspensión y el retiro de las licencias de conducir; esto exige a su vez un registro unificado de licencias a nivel nacional, y requiere contar con cuerpos de policía de tránsito eficaces, respetados e insospechados de corrupción; estas medidas deben instalarse como política de Estado y expresarse en los medios de comunicación y en el sistema educativo.

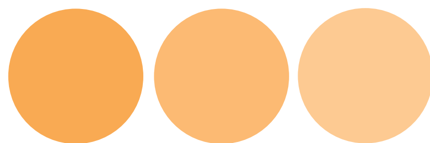
¿Habrá un Cromañón de los accidentes de tránsito? En rigor, en lo que va del año ya hubo veinte, si se contabilizan las víctimas. Pero las muertes cotidianas por esta causa no tienen generalmente registro periodístico (a diferencia de las debidas a la "inseguridad" ligada con el delito, que son muchas menos). Lo casi seguro es que, en el caso de que un accidente vial catastrófico tomara las primeras planas de los diarios, su procesamiento social y mediático apuntaría a la judicialización del caso particular.

En el caso Cromañón siguen intactas las causas de fondo, ligadas a la corrupción instalada en los organismos fiscalizadores municipales, policiales y de bomberos. En cuanto al tránsito, cuando se producen accidentes que por algún motivo llegan a la opinión pública, su tratamiento mediático predominante soslaya siquiera mencionar las causas de la inseguridad vial que, al revés, quedan encubiertas por la indignada exigencia de castigo al culpable de turno, el "asesino al volante", el Omar Chabán del caso. ●●●



GONZALO MARTINEZ





El optimismo de la voluntad

Por Nora Veiras

Era junio del '88, hacía apenas cuatro meses que había terminado el Congreso Pedagógico Nacional con el que el alfonsinismo apostó a sentar las bases de la transformación educativa. Y hacía apenas un mes que los maestros habían vuelto a las escuelas después de 57 días de huelga masiva en todo el país. Jorge Sábato, un hombre que como ministro era un excelente sociólogo, desesperado por la pérdida de días de clase había decidido reducir las vacaciones de invierno. La reacción estudiantil fue masiva –esa sí que llenaba las calles y creaba el ahora tan temido "caos" de tránsito–, las piedras estallaban contra los ventanales del por entonces Palacio Pizzurno. "Esto es consecuencia de la dicotomía de las culturas y el estallido de las instituciones", diagnosticaba ese hombre, dando cuenta de la formación de docentes que no respondían a las necesidades, a las expectativas de los alumnos y de instituciones creadas para socializar a un alumno que ya entonces, los albores de los '90, no existía como tal.

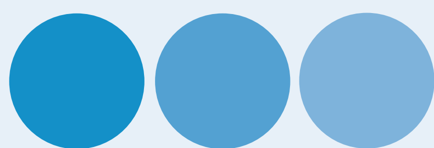
Los diagnósticos lapidarios dieron cuerpo a interminables debates y propuestas. El radicalismo no pudo llegar ni a sugerir un tratamiento. El peronismo-menemismo, siempre más expeditivo, avasalló con leyes que supuestamente querían plasmar esa imprescindible transformación para no seguir hipotecando el futuro. Se sucedieron la transferencia de escuelas secundarias a las provincias y las leyes Federal de Educación y de Educación Superior. Nuevas siglas invadieron la nomenclatura educativa, EGB, Polimodal, CBC, TTP, daban cuenta de los "cambios". Por entonces, un pedagogo español advertía: "Los Contenidos Básicos Comunes (CBC) que no son Contenidos Básicos Propios para el docente son Contenidos Básicos Inútiles (CBI)". En el mejor de los casos eso sucedió.

A veces es difícil creer que el caos actual –sí, el entierro de la primaria y la secundaria en las jurisdicciones más grandes del país generó un verdadero caos en que los alumnos terminan ciclos supuestamente iguales sin conocimientos equivalentes– haya sido planificado para terminar de aniquilar un sistema que había sido cimiento de la integración social del país. Como sea, lo que es inocultable es la fragmentación educativa que acompañó en armonía la fragmentación socioeconómica. Y ya no sólo los retazos se combinan entre provincias ricas y pobres sino que al interior de cada una se reproducen circuitos diferenciados de consumos simbólicos y materiales que, hasta ahora, nadie sabe o nadie quiere revertir.

En una investigación que debería alarmar a los responsables de la educación argentina, la pedagoga Sandra Ziegler analizó las consecuencias sociales de esos circuitos cerrados en los que la elite se forma aislada del resto de la sociedad. "La gran mayoría de los estudiantes del conjunto de las escuelas de elite se propone ocupar posiciones de privilegio (...) Llamativamente se trata de futuros sin privaciones y absolutamente privatizados, donde se han esfumado los proyectos colectivos. (...) La postura sería la maximización del beneficio individual, y estaría descartado cualquier intento o aspiración de conducir un destino colectivo. (...) Los 'otros' aparecen con mayor frecuencia en los programas extracurriculares, en los que son objeto de la filantropía o de la caridad." (*La Trama de la desigualdad educativa*. Compiladora: Guillermina Tiramonti, Editorial Manantial.)

La complejidad del problema excede los muros escolares y requiere decisiones políticas estratégicas. Basta pensar que los chicos que entran hoy a primer grado/año, si cumplen con los tiempos establecidos, podrán egresar de la universidad en el 2023. Otros dieciocho años en los que seguirá cambiando la Argentina: ¿o alguien se atrevió a imaginar hace dieciocho años, cuando este diario nacía, que en este país el 40 por ciento de la población estaría bajo la línea de pobreza? ¿O alguien imaginó que los chicos estarían en la escuela pero no ya para aprender sino para protegerse de un afuera sin alternativas?

Como la educación carecería de sentido sin el optimismo de la voluntad, sólo queda apostar que esta vez podrá ser distinto. ●●●



LA FOTO POSIBLE

Por Andrés Osojnik

Una agencia internacional de noticias publicó tiempo atrás una foto que muestra niños con rasgos orientales, en un aula, en clase sobre uso de preservativos. Los chicos, en la imagen, juegan con el látex, hacen un globo enorme con uno de ellos y se ríen. Se divierten. Aprenden.

¿Es pensable aquí una foto semejante? Imaginemos: una maestra reparte profilácticos en el séptimo grado de una escuela porteña, del conurbano, en una escuela rural, de frontera. Lo mismo da. Por su edad, los niños están a las puertas de usarlos para algo más que diversión y aprendizaje. Sale la foto. Se publica en los medios. Pensemos en el obispo que quiere tirar a un ministro al mar por andar repartiendo el demonio por ahí. ¿Adónde querría tirar a la maestra? ¿Adónde la mandaría efectivamente el cura del barrio de la escuela, del pueblo, de la ciudad, lo mismo da?

Hay una explicación para comprender esa asignatura pendiente que es la educación sexual. La presión de la Iglesia, esa omnipresencia púrpura en la vida política del país, marca rumbos y decisiones (o la ausencia de ellas, que también es una decisión). Es una explicación cierta, aunque incompleta.

Es una explicación que no tiene en cuenta que en este mismo país y con esta misma Iglesia un día hubo vocación para instaurar el divorcio y se debatió, se polemizó, se vio una marcha llena de chicos de colegios católicos en la Plaza de Mayo, pero el divorcio llegó y nadie murió en el intento. Hace apenas 18 años.

La otra explicación para que esa foto sea imposible en este costado del mundo es la escasa predisposición de las autoridades, sobre todo las educativas, para dar la batalla. Que no sería ni tan larga ni tan mortífera.

Desde muchas escuelas (tal vez menos que las necesarias) es un reclamo que se suele elevar, por canales más o menos institucionales. Son ellas, principalmente las de nivel medio, las que conviven con las consecuencias de la ausencia de educación sexual. Solamente en la Capital, en 70 escuelas secundarias relevadas el año pasado se detectaron casi 900 casos de alumnas madres o embarazadas y alumnos padres. De los 500 mil abortos que se practican en la clandestinidad por año en el país, son miles los que se evidencian más en la escuela que en la casa. Sin cruzar la General Paz hay casos, y no pocos, de chicas que les comunican su embarazo a los docentes antes, incluso mucho antes, que a la familia.

Quienes desde los ámbitos de poder guían sus decisiones encuestas en mano harían bien en revisar de nuevo la muestra del CELS, el Cedes y FEIM que revela que nueve de cada diez habitantes del conurbano y la ciudad de Buenos Aires están a favor de incorporar la educación sexual en los planes de estudio de todas las escuelas primarias. La cifra se eleva al 99 por ciento si se trata de las escuelas secundarias.

La Iglesia llama al castigo divino a quienes escandalizan a los jóvenes repartiendo paquetes indecorosos. ¿A qué clase de castigo llamaría contra una maestra que hablara de masturbación en clase?

Esa es la tarea pendiente: estar dispuestos –políticos, gobierno, esa categoría heterogénea que se suele llamar sociedad– a bancarse el desafío. A dar la pelea y soportar los Baseottos que aparezcan.

También, a ser consecuentes con lo que se le dice al encuestador y, llegado el momento, bancarse que la nena vuelva del colegio y agite el cuaderno de clases:

–Pa, me saqué diez en métodos anticonceptivos. Ahí sí, la foto será posible. ●●●

Falacia de representación

Por Alan Pauls

A los ponchazos, mezclando hartazgo, revanchismo de tribunal popular, resentimiento de consumidor estafado y desesperación kamikaze, en más de 20 años de democracia, "la sociedad" –ese sociologismo indigente con que los comunicadores se empeñan en aggiornar la categoría "la gente", que a su vez ya era un estadio superior de la "Doña Rosa" acuñada por Bernardo Neustadt– ha puesto en la picota a prácticamente todas las instituciones, corporaciones, gremios, cofradías, sectas y hasta grupos de autoayuda de la Argentina. Aunque la mayoría de esos procesos y sentencias tenga hasta ahora poco correlato jurídico real, ya fueron juzgados (y condenados) los militares, la clase política, los partidos, la policía, los bancos, los economistas, los sindicalistas, los encuestadores, los empresarios, los jueces, los abogados, los directores técnicos, los curas, los terroristas, las AFJP, los paseadores de perros, los guardiacárceles, las petroleras, los secuestradores, los travestis, los fumadores. Sólo hay una clase que se mantiene fuera de la órbita de este exhaustivo frenesí inculpatorio: los medios. Ese mero carácter excepcional debería bastar para alertarnos.

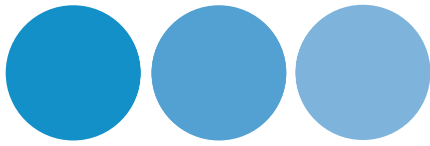
¿Por qué nadie dedica a la televisión, la prensa escrita o cualquiera de las innumerables y dinámicas falanges que componen el ejército de la comunicación de masas ni siquiera el diez por ciento del escepticismo, la suspicacia, los razonamientos conspirativos, la voluntad demonizadora y el furor, el furor inmediato, ciego y como inconsolable, que "la sociedad" dedica todos los días a defenestrar de plano al Parlamento, a los médicos en huelga que entonan cánticos ensordecedores "a escasos metros de la unidad de cuidados intensivos pediátricos" (*La Nación* dixit), a las multas fotográficas, a los inspectores coimeros o a Omar Chabán? ¿Por qué en un país completamente poseído por la compulsión a la sospecha, esa prima pobre y resentida y casi paródica de la lucidez y la vigilia ("¿El juez Gustavo Bruzzone es coleccionista de arte? ¿*Con un sueldo de juez*?", Lanata dixit), el único aparato que sigue siendo misteriosamente indigno de análisis, investigación, crítica y denuncia es justamente el que más vive de esa compulsión, el que más se alimenta de ella, el único que no se cansa de ponerla en escena, difundirla y hasta de instigarla?

Pensaba esto hace unos días, el viernes 13 de mayo, mientras veía el clip imperdonable con el que *Telenoche* –emblema de la "seriedad" informativa en televisión– editorializaba su postura ante la decisión de dos camaristas de excarcelar a Omar Chabán. Vagamente reunidas alrededor de la idea de impunidad desfilaban imágenes de Videla, Massera, María Julia Alsogaray, el caso Cabezas, la AMIA y, por supuesto, Chabán y la tragedia de Cromañón, mientras una voz en off enfática, digna de los peores spots promocionales de la última dictadura militar, vociferaba entre compungida y severa un pastiche plagado de lugares comunes extorsivos y de mayúsculas (Dolor, Justicia, Sociedad, Ricos & Famosos, etc.). No importa cuál sea el grado de responsabilidad que se le endilgue en el caso Cromañón, Omar Chabán sólo puede compartir cartel con un ex presidente genocida en la cabeza infame, canallesca y mendaz de alguien que, bajo el pretexto, una vez más, de hacerse eco de "la sociedad", decide renunciar no sólo a la verdad, a la dosis mínima, vital y móvil de discernimiento que hace falta para comprender cualquier hecho, sino a la más primaria y elemental sensatez. Es curioso: ¿no es esa virtud promedio, alérgica a todo extremo y toda agresividad, la que los medios suelen jactarse siempre de encarnar? ¿No es así, invocando el sentido común, la razonabilidad, el equilibrio, como los medios se desligan de toda responsabilidad sobre los discursos que emiten, alegando que no hacen más que transcribir lo que piensa o siente "la sociedad"?

Nunca como ahora hubo tal mímesis entre los medios y sus consumidores. Nunca como ahora los medios trabajaron tanto para identificarse con "la gente", presentarse como portavoces de "la sociedad", ponerse en el lugar de "todos los argentinos". Comparadas con esta epidemia de populismo mediático, las inflexiones campechanas del oficialismo suenan casi como pinceladas costumbristas. A veces –las poquísimas veces que sufren algún asedio que va más allá de una protesta por una jugarreta de horarios o el robo de alguna figura estelar–, la respuesta de los medios es que asumen esa posición de representación porque las instituciones entre las que debería estar repartida están en crisis y no pueden cumplirla. Es una respuesta tan canalla como la que dan cuando "cubren" la noticia del furor de los cientos de deudos de Cromañón compaginando a Chabán con Videla y María Julia Alsogaray. Que un país esté signado por la injusticia, las estructuras mafiosas y la ilegalidad no justifica que los medios, para dar cuenta de ese estado de cosas, sólo usen la retórica de la policía (el archivo de un canal de TV es hoy mucho más temible que cualquier uniforme), la mentira, la confusión deliberada, el sentimentalismo, la emoción fascista de un primer plano de dolor o de llanto o de violencia contextualizado por la más simple y siniestra mala fe.

Por razones como mínimo interrogables, sin duda ligadas a la manera específica de hacer política de la comunicación de masas –una manera para la cual la obscenidad, el delito, el corporativismo, la impunidad y cualquier mal de la época son por definición siempre ajenos–, los medios conquistaron en poco más de dos décadas de democracia una inmunidad, un privilegio de extraterritorialidad (por no decir una condición justiciera) que les permite representar, poner en el aire, comunicar "todo lo que pasa" desde una especie de afuera incontaminado, como si el medio (sólo un país necio como éste obliga a volver sobre semejante evidencia) no fuera un factor clave de aquello que comunica y la idea misma de empalmar el rostro de Chabán con el de Videla, lejos de ser un "comentario", no hubiera estado la noche del viernes ahí, frente a Tribunales, tan presente como los familiares de los muertos o la policía, no informando ni esclareciendo los hechos sino borroneándolo todo en el fango de la mentira y el golpe bajo.

La crisis de diciembre de 2001 pasó en limpio con crudeza algo que ya sabíamos: el carácter complejo, oscuro y a menudo falaz de cualquier representación. Demasiado entretenidos en soñar con linchar a nuestros representantes políticos, nos dejamos idiotizar por (y hasta terminamos haciendo nuestras) las palabras, ideas y emociones que los medios dicen que decimos, pensamos y sentimos, y abrigamos la ilusión atroz de que de un lado está la ignominia (los políticos corruptos, los criminales, los mafiosos) y del otro lo único donde todavía palpita un resto de Humanidad, de Decencia y de Esperanza: la alianza entre nosotros y los medios. En otras palabras: el horror. ●●●



LOS GRANDES CASOS

Por Raúl Kollmann

Muchos de los grandes casos de la Argentina siguen pendientes: están en la nebulosa, la gente tiene sospechas de que se resolvieron en forma trucha y, aun en los pocos casos en que las investigaciones fueron contundentes, todo está envuelto en un mito difícil de explicar.

● En el caso AMIA, la historia oficial acusaba como cómplices a un grupo de policías, pero todos resultaron absueltos. ¿Quién estuvo detrás del atentado? No se sabe. Existe la sospecha de que el ataque se debió a promesas preelectorales de Carlos Menem a países de Medio Oriente a cambio de fondos para su campaña. El compromiso era proveerlos de tecnología nuclear o misiles que se estaban proyectando en Córdoba. La investigación nunca avanzó sobre esos puntos.

● En el crimen de José Luis Cabezas, la Justicia ya imputó, de hecho, a policías bonaerenses que supuestamente actuaban al servicio de Alfredo Yabrán. Nadie cree que el otrora poderoso-mafioso empresario esté muerto, aunque así lo indiquen las pericias realizadas por más de 20 forenses y especialistas, la actuación de una jueza y un fiscal, un análisis de ADN, un peritaje realizado por la odontóloga de Yabrán y dos estudios de las huellas digitales que certifican que los dedos son de papimafi y que efectivamente fue él quien se suicidó en la estancia de Entre Ríos. Las encuestas demuestran, en cambio, que una gran mayoría cree que nadie con tanto dinero se suicida y que seguramente Yabrán está escondido en un lugar paradisíaco.

● Que lo de Carlitos Menem fue un atentado es una "verdad" que nadie le saca de la cabeza a gran parte de los argentinos, por más que un juez haya sostenido que el hijo del ex presidente manejaba en forma imprudente el helicóptero, se llevó los cables por delante y provocó la caída de la máquina. El fallo del juez Carlos Villafuerte Ruzo fue confirmado por la Cámara de Apelaciones, luego por la Cámara de Casación y finalmente por la Corte Suprema, pero el argentino medio está convencido de la versión que da Zulema Yoma: alguien disparó desde los costados de la ruta, pegó en el helicóptero y lo derribó. Esa versión es la que triunfa, pese a que hay 40 testigos que vieron a Carlitos volando el helicóptero en forma muy baja y jugueteando con una chica que iba en un auto por la ruta. Tampoco hay testigos que hayan escuchado tiros ni hayan visto francotiradores. Aun así, el que cree en la teoría del accidente es considerado un ingenuo.

● El financista Mariano Perel apareció muerto junto a su esposa en una cabaña de Cariló. Nunca hubo un sospechoso ni un imputado, y menos todavía, un detenido. El arma que produjo las muertes apareció al lado de Perel, era propiedad de él y dejó una nota escrita que fue redactada en su computadora e impresa en la impresora de su oficina. Todos los peritajes indicaban que Perel, agobiado por su situación financiera, mató a su esposa y se pegó un tiro. Pese a ello, la Justicia la emprendió contra la "mafia internacional", se habló de asesinos a sueldo de los que hoy obviamente no hay ningún rastro.

Los casos enumerados tienen algo en común: la desconfianza. Pero no sólo en la Justicia sino principalmente en los investigadores policiales, de las fuerzas de seguridad y de inteligencia. Existe una creencia generalizada de que quien tiene dinero o poder puede alterar los peritajes, entrar o salir del país sin ser advertido, consigue que el arma esté en otras manos, que las autopsias den otros resultados o que los testigos que primero dijeron una cosa, después digan otra. La Argentina tiene pendientes los grandes casos, pero esencialmente la construcción de un aparato de investigaciones creíble, profesional, con alta tecnología, bien pagado y libre de corrupción. Algunos hablan de un FBI argentino, otros creen que eso es darle exagerado poder a un grupo de investigadores. No faltan quienes afirman que es irregular que las escuchas telefónicas, hoy punto clave en cualquier pesquisa, estén en manos de la SIDE y no de un organismo judicial. Pero el cuadro es similar a aquel director técnico que le dijo a su flojo arquero: "No te pido que saques las que vayan adentro, pero aunque sea no metas las que van afuera". En otras palabras, aunque sea una organización investigativa, que no enturbie, empantane, falsifique. ●●●

BERNARDINO AVILA



Principio de realidad, por favor

Por Claudio Uriarte

Desde la década del '30 –es decir, desde el inicio de lo que podría llamarse, con alguna licencia, la Argentina moderna–, la política de alianzas internacionales argentina parece signada por la unilateralidad, a menudo condimentada por fuertes dosis de nostalgia y romanticismo. Por ejemplo: fuimos proeuropeos desde 1930 hasta 1945 –es decir, precisamente cuando el modelo de agroexportación hacia Europa declinaba–; y pro Eje desde 1945 hasta 1955 –es decir, justamente después de la derrota de los nazis alemanes y los fascistas italianos en Europa–; luego volvimos por largos años a nuestra tradicional alineación con "la vieja Europa", para luego reincidir –en el tercer gobierno de Perón– en la admiración por Italia –esta vez la de Licio Gelli en vez de Mussolini– y llegamos a ser prolibios –quizá por asociación de ideas: después de todo, Libia es una ex colonia italiana–. Bajo la dictadura militar de 1976-1983 fuimos discretamente prosoviéticos, por una combinación de rechazo a la política de derechos humanos de EE.UU. de Jimmy Carter y de usufructo de las ventas agrícolas a la URSS, que por esos años tuvo la idea de invadir Afganistán y sufrió un embargo cerealero norteamericano a consecuencia. La vuelta de la democracia fue la vuelta al europeísmo, con Menem fuimos pronorteamericanos y el último experimento parece ser con Brasil.

De cada una de estas experiencias salimos como despechados, como desilusionados, por la simple razón de comprobar en cada caso que los intereses nacionales argentinos nunca podían coincidir palmo a palmo con los de la "vieja Europa", la Alemania nazi, Italia, la Unión Soviética, Estados Unidos o Brasil. En estos romances pareciera haber algo de narcisismo de vieja dama decadente que, en lugar de alianzas, busca un espejo favorable en que mirarse y con el que identificarse, así como cierta inercia que pone a la Cancillería en un piloto automático y se niega a aceptar la realidad de que una política de alianzas internacionales, especialmente para un país como la Argentina, debería ser un instrumento extremadamente maleable y cambiante que necesita adaptarse a las necesidades del día a día. A la política exterior argentina tradicional le faltan oportunismo y traición, es decir, justamente las cualidades que distinguen a la política exterior de cualquier potencia, grande, chica o mediana. Es posible que esa inercia se derive de la llamada "edad dorada" previa a los años '30, donde casi toda la política exterior necesaria era embarcar granos y carnes hacia Europa. Pero en realidad, lo necesario está en el extremo opuesto, en apostar a distintas fichas al mismo tiempo y en hacer lo que hace cualquier país pequeño: jugar a los más grandes el uno contra el otro, para venderse según el caso al mejor postor.

Es posible que estas opiniones provoquen escándalo, pero eso es porque el debate sobre política exterior –en la escasa medida en que tal cosa existe– está signado por la estrechez de miras ideológicas de todas las partes involucradas y el apasionamiento político por las disputas de otros. Por ejemplo, un conservador prooccidental de la vieja escuela vería –y ve– con horror acuerdos con Cuba y Venezuela, mientras un progresista haría lo propio frente a acuerdos con Estados Unidos. Pero en relaciones internacionales, que es el campo más frío, implacable, duro y cínico de la política de los Estados, no valen el romanticismo ni los enamoramientos: solamente los resultados.

Principio de realidad, por favor. La Argentina es un país chico y su peso internacional es insignificante, por lo cual experimentos como la membresía del gobierno alfonsinista en un grupo de países por el desarme nuclear mundial o el intento de mediación de Carlos Menem entre árabes e israelíes resultan curiosidades de humorismo involuntario que parecen sacadas de una novela de Evelyn Waugh. Pero las últimas noticias que llegan a mi escritorio no son demasiado alentadoras: parece que hay una pelea con Brasil por compartir (o alternar) un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, justamente cuando este organismo ha perdido todo significado tras la invasión unilateral estadounidense de Irak. ●●●

Por Horacio Cecchi

Gestos que faltan

El rostro del hombre en el banquillo de los acusados estaba impávido. Incluso después de que el tribunal lo absolvió de culpa y cargo. Sólo un fantasma de sonrisa cruzaba sus labios contenidos por un breve y disimulado rictus. Al fin de cuentas, estaba acostumbrado a mostrar los beneficios de suponerse de acero, porque el acero no tiene gestos. La mujer en período de gestación, embarazada, en cambio, estaba demacrada, unas lágrimas recorrían sus mejillas. El único gesto al que atinó fue al de abrazarse con un familiar a su lado, no sé si un tío o un hermano. Su marido no, que estaba muerto. En fin, su marido había sido la víctima del oficial de policía sentado en el banquillo. Y ella, ahora, después de la lectura de absolución del tribunal, venía a ser víctima de la solemne gestión de la balanza, retorcía su cuerpo en un llanto, se retorcía en ese gesto que lo dice todo, que no hacen falta palabras para comprenderlo.

Después, la mujer salió a la calle. La acompañaban sus familiares. Buscaba justicia en la calle, porque en el tribunal no la había encontrado. La apoyaron los feos y oscuros de la villa, la apoyaron porque si no la apoyaban, ¿quién los apoyaría después a ellos? Pero no fue de esos apoyos especulados, por interés, sino que salió naturalmente. Todo un gesto. Nadie más la apoyó. Pero nadie menos, según desde qué perspectiva se lo vea. Porque, para la mujer, no alcanzó para encontrar justicia. Después de todo, ahí adentro en la villa, mejor dicho ahí afuera en la villa, la justicia no llega y si llega, llega de esa forma, para cargarse un muerto. Pero fue un gesto de apoyo que le sirvió para seguir viviendo.

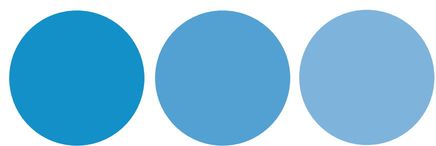
De parte de los Gerentes del Poder, nada. Ni una sonrisa. A esa altura, políticamente imposible salir a defender semejante papa que quema. A esa altura justo no me vengas a pedir semejante cosa, justo cuando el señor de los gestos duros, el gestor de la clase media, arrastraba una multitud que reclamaba ante la plaza de los Dos Palacios de los Gestores. Reclamaban mano dura. Algunos sin saber lo que hacían, de pura bronca. Otros, levantando la mano como en otras épocas. Por eso, como respuesta, qué mejor gesto que el de no decir nada, el de aceptar reclamos cuando son tantos y tan embravecidos y después veremos.

La próxima, habrán pensado, la próxima, capaz que fue así, la próxima salgo antes de que se me vengan al humo. Todo un gesto.

Cualquiera tiene gestos, aunque no quiera. Cualquiera carga en el cuerpo los gestos de aquello que fue su vida, de aquello que fueron sus ideas, de aquello que fue su trama. Aunque no parezca, hasta las palabras son gestos. Sus tonos, sus matices, sus sentidos.

Joan Corominas ya había escrito en su *Etimología de la Lengua Castellana* todo lo que se desprende de un gesto. Gesto, dice Corominas, del latín, *gestus*, una actitud o movimiento del cuerpo. Gesto, derivado del verbo latino *gerere*, que en buen romance viene a ser nada menos que "llevar, conducir, llevar a cabo gestiones, mostrar actitudes". El bueno de Joan va por más y dice que gesticular deriva del latín *gesticularis*, asociada a "gesticulación", agestado, engestado, incluso gesta. Gesta: historia de lo realizado por alguien. Y que en el antiguo latín *gesta* es el plural de *gestum*, lo realizado por alguien, y que es nada menos que el participio del ya mentado *gerere*. Y aunque parezca mentira, otro derivado, gestación, viene de *gestare*, llevar encima. Gerente y gestor también se vinculan a gesto. Porque *gestor* en latín es el administrador. Y el gerente es el que gestiona o lleva a cabo. La propia palabra "gerundio" deriva del latín *gerundus*, o sea, "el que se debe llevar a cabo".

Gestores y gerentes, quienes deberían gestionar, tienen un tema pendiente con quienes los gestaron, o sea, la gente: les deben menos gesticulaciones y más gestos.●●●



Asuntos no tan menores

Por Eduardo Videla



Basta apenas con que un chico menor de 18 años cometa un delito de repercusión pública para que buena parte de la sociedad, agitada desde los medios de comunicación, reclame la baja en la edad de imputabilidad: a esos chicos habría que encerrarlos, dicen, ponerlos al margen de lo que se denomina la “gente decente” y confinarlos en un instituto de menores.

La paradoja argentina (o hipocresía, según cómo se mire) puede resumirse en algunas líneas: el país fue uno de los primeros en adherir a la Convención Internacional para los Derechos del Niño, hace 15 años, y unos de los primeros en incorporarlos a su Constitución, hace 11. El problema fue cuando hubo que llevar los compromisos a la práctica. Casi todos los países de América latina ya adecuaron su legislación. Menos la Argentina.

La convención dice que los chicos (niños o adolescentes), cuando entran en conflicto con la ley, deben tener los mismos derechos que cualquier ciudadano a la hora de ser sometidos a un juicio (derecho a un abogado defensor, a ser escuchados, a que se presuma su inocencia); y dice la Convención que un adolescente no debe recibir la misma pena que un adulto. “Son personas que están en pleno desarrollo y requieren de medidas especiales”, explica el representante de Unicef en Argentina, Jorge Rivera Pizarro.

“La comunidad internacional, al firmar la Convención, consideró que es diferente la responsabilidad si se tienen más o menos de 18 años, y que a los que son más jóvenes hay que darles más oportunidades”, argumenta Mary Beloff, profesora de Derecho Penal Juvenil de la UBA.

Aquellos compromisos internacionales asumidos se cumplirían sancionando una ley de Responsabilidad Penal Juvenil, que derogaría la actual normativa, sancionada durante la dictadura, que permite aplicar las mismas severas penas que reciben los adultos a chicos desde los 16 años, pero sin que ellos cuenten con las garantías del debido proceso, con las que cuenta cualquier mayor. Un régimen que comprenda a adolescentes de 14 a 18 años, que los haga responsables de los hechos que cometieron, pero que les imponga penas alternativas, como el trabajo social o la reparación de daños. O la privación de la libertad, en casos graves como homicidios o secuestros, pero nunca por encima de los 9 o 10 años.

Ya es imposible llevar la cuenta de la cantidad de proyectos de ley de Responsabilidad Penal Juvenil que han perdido estado parlamentario simplemente porque no hubo decisión política de tratarlos. Uno de los últimos es el del Poder Ejecutivo, presentado con bombos y platillos, hace trece meses, por el entonces ministro de Justicia Gustavo Beliz, pero que nunca ingresó a las comisiones parlamentarias.

Hoy, en el Congreso, una retahíla de proyectos para bajar la edad de imputabilidad espera su oportunidad para salir al ruedo: sólo basta que un adolescente cometa un delito grave y que los comunicadores de siempre aticen el fuego. Sólo unas pocas iniciativas se atreven a insistir con el cumplimiento de la Convención, entre ellos, los de los diputados Laura Musa (ARI) y Víctor Fayad (UCR) y el del senador Jorge Yoma, que ni siquiera tienen tratamiento de comisión.

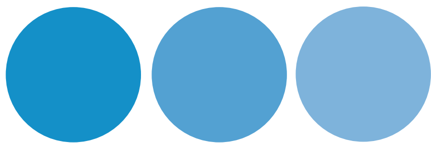
Tan o más grave que esta demora es la que sufre el llamado Régimen de Protección Integral de la Infancia, que deroga la antigua pero vigente Ley de Patronato, que judicializa la pobreza dándoles a los jueces el poder de encerrar en institutos a niños abandonados o víctimas de la explotación y otros delitos.

De sancionarse este nuevo régimen, los chicos en situación de abandono deberían recibir asistencia social en lugar de un proceso judicial y se privilegiaría el fortalecimiento de los lazos familiares en lugar de su segregación.

Pero el tema lleva más de ocho años de tratamiento legislativo, sin resultados. “Siete provincias ya lo sancionaron pero funciona a medias, o porque no fue reglamentado o por la falta de una legislación nacional”, advierte Gimol Pinto, abogada de Unicef. El colmo de la irracionalidad se da en la provincia de Buenos Aires, donde el régimen ya es ley pero su aplicación está suspendida por la Justicia. “Son proyectos que lesionan determinados intereses”, dice Rivera Pizarro, de Unicef. “Los jueces de menores manejan a su arbitrio los presupuestos, que destinan a los institutos donde derivan a los chicos. Hay muchos privilegios en juego”, advierte la diputada Musa.

Mientras las leyes esperan, cada día hay chicos que pierden su oportunidad. Si la sociedad no se hace cargo, su destino estará en un instituto o en una comisaría. O en la cárcel, cuando crezcan y sean condenados, incluso, a cadena perpetua, a contramano de los compromisos internacionales.

Así, la hipoteca social que esto genera –legado para las próximas generaciones– será cada vez más difícil de levantar. ●●●



Por Leonardo Moledo

Sobre las cosas pendientes, razonables o no

Bueno, y resultó que, para mí, lo que estaba pendiente era escribir una nota para el anuario. Pero, ¿qué se puede decir de las cosas pendientes?

–Andá al café –me dijo Raquel, mi esposa–, enseguida te van a decir cuáles son las cosas pendientes y te vas a inspirar.

–Pero, ¿te parece que me van a decir cosas razonables? –contesté.

Me fui al café.

Nelson, el mozo, me comprendió perfectamente: una cosa pendiente es diseñar una máquina que asegure que Boca siempre va a ganar –me dijo–, póngalo en su diario y, de ese modo, en una de esas a alguien se le ocurre.

–Ponga que la deuda pendiente es la deuda interna, y que parte de esa deuda es desarrollar la ciencia y la tecnología –dijo una mujer gordísima que todas las tardes viene a tomar un té con leche y medialunas, y después se larga a llorar desconsoladamente–. Ponga que sin ciencia y técnica no hay desarrollo posible –y se puso a llorar.

La verdad, nunca creí en ese slogan: "Sin ciencia y técnica no hay desarrollo posible". Ultimamente ando pensando que el desarrollo, posible o no, depende de la existencia de una clase capaz de tomar el desarrollo en sus manos, incluso hasta el punto de lograr, democráticamente, el poder político.

–Siempre que se den las condiciones –apuntó un parroquiano desde otra mesa–; por más vocación que hubiera por el desarrollo, un gobierno como el de Menem sembró la destrucción.

–Tal vez –le contesté–, pero no se olvide de que Menem no fue un horrible dictador que se apoderó del poder por la violencia y que mantuvo oprimida a la población. Ganó las elecciones con todas las de la ley y revalidó su mandato con el apoyo de la mitad del país que votó por él; muchos de los que ahora lloran sobre las ruinas. ¿Usted no lo votó?

–Por supuesto que lo voté –contesté.–Y lo volvería a votar.

–Tenían un criterio tan parasitario como la burguesía, que en vez de reinvertir en el país pone su plata en departamentos en Miami –seguí–. Si usted lee el libro de mi amigo José Natanson, va a ver que todos esos buenos muchachos, los economistas neoliberales, no fueron solamente una banda que fundió al país sino gente que tuvo consenso popular hasta que todo estalló.

La gorda se levantó enjugándose las lágrimas y salió apurada a comprar el libro.

–Y le digo algo más –señaló un viejo–. Si en las últimas presidenciales la segunda vuelta hubiera sido entre López Murphy y Menem –me recorrió un escalofrío retroactivo–, todos los seguidores del dictador depuesto, incluso los que ahora gobiernan, hubieran votado a Menem. Así son los partidarios del dictador depuesto.

Era muy viejo y muy gorila.

–¿Quién es el dictador depuesto? –preguntó un chico.

–Videla –le contestó la madre, al tiempo que le daba una sonora bofetada, que no tenía mucho de razonable.

–¿Y entonces? –preguntó alguien–. ¿La ciencia y la técnica no tienen nada que ver con el desarrollo?

–Por supuesto que tienen que ver –contesté–, pero a veces me pregunto si no son más bien un índice del desarrollo que una causa del desarrollo. Un país puede crecer perfectamente bien con la ciencia disponible, y la investigación científica crecerá naturalmente si se implementan políticas razonables. Pero también puede ocurrir que el núcleo científico crezca como apéndice de los grandes programas internacionales sin que por eso beneficie al crecimiento, y que funcione como el sector importador de la era menemista. Esta vez, exportador en el sentido más literal, ya que estaría produciendo científicos que finalmente no hacen sino abastecer a los centros europeos y norteamericanos, que planifican muy bien su captación de científicos del tercer mundo. Es decir, seguiría el país financiando el crecimiento del centro. Lo cual, desde ya, no sería una política razonable.

–Usa mucho la palabra razonable –me dijeron.

–Es que creo que suele ser la clave de todo –dije–. Marguerite Yourcenar decía, por boca de Adriano, "que no hay cosa más difícil que la sensatez", y realmente estoy de acuerdo. Es impresionante la cantidad de cosas que se solucionarían siendo razonables. Muchas veces los pueblos van a una guerra para, después de incontables desastres y desgracias, estar exactamente en la misma situación que al empezar la guerra y firmar la paz en las mismas condiciones en que podrían haber acordado de entrada, con la diferencia de que el equilibrio del principio es un equilibrio de Pareto y el del final es un equilibrio de Nash.

–¿Por qué no nos cuenta que son esos equilibrios?

–No ahora –dije–, tal vez en el próximo anuario. Pero pueden sacar *Una mente brillante* del videoclub. Trata, justamente, de Nash. Lo cierto es que los equilibrios de Pareto son los que se alcanzan con la sensatez, y los de Nash cuando no queda más remedio que ser sensatos. Por supuesto que los de Pareto son más beneficiosos. Pero la cultura argentina corriente siente predilección por los equilibrios insensatos.

–Ya que le importa tanto la razonabilidad, ponga que una cosa pendiente es tener una izquierda razonable, que cuando alguien ose sugerir que "tal vez en Cuba no hay tanta libertad de prensa", no acuse a quien lo dijo de ser un lacayo del imperialismo –dijo un tipo de izquierda.

–Y una derecha razonable que se alegre cuando se declaran inconstitucionales las leyes que amparan a los militares genocidas y pida que se los juzgue, y que no digan que cualquiera que los ataca es un "zurdo" –dijo un tipo de derecha.

–Y sindicalistas razonables, que defiendan cosas razonables –dije–, que luchen por los derechos sindicales, pero no por los disparates sindicales.

–¿Por ejemplo? –preguntó, agresiva, una chica que militaba en no sé qué agrupación de base.

–No me pongas en compromisos –dije–. Ya tuve bastantes problemas cuando una vez hice una crítica razonable a los irracionales que tomaban el rectorado.

–Mmm –dijo alguien–, la crítica era razonable, sí. Pero tal vez un poquitito, sólo un poquitito mordaz.

–Bueno, de eso hace ya mucho tiempo –dije.

–Antes haría falta que hicieran justicia a los indígenas de la Patagonia, y que sacaran el nombre y las estatuas del genocida Roca –insistió la chica.

–Totalmente de acuerdo, pero de eso se va a ocupar Osvaldo Bayer, en este mismo anuario, con toda seguridad.

En ese momento volvió la gorda con el libro de José Natanson, se sentó, lo abrió y se puso a llorar a mares.

–¿A usted le parece razonable? –me preguntó Nelson.

–Sospecho que no –le contesté–, pero no puedo seguir en esta conversación. Tengo que escribir sobre las cosas pendientes y terminar mi nota hoy mismo. Al final, venir al café no me sirvió para nada.

–Ambiéntela en el café –dijo Nelson– y ponga que lo que está pendiente es la razonabilidad.

–Suena razonable –dije. Y así lo hice. ●●●



Por Susana Viau

Queremos ser todo

El 19 de diciembre de 2001 nos cautivó una bandera con una multitud de peces y una inscripción: "No somos nada. Queremos ser todo". Eran días propicios al estallido de grandes sentimientos y a la revelación de ideas luminosas. Pregunté de dónde salía aquella frase y los portadores de la pancarta, confundidos, no supieron responder. Alguien arriesgaría luego el nombre del abate Sieyés. Pasó la efervescencia, languidecieron las asambleas, se fragmentaron las organizaciones piqueteras. De aquellas oleadas quedaron, sin embargo, formas de solidaridad, lugares de reunión, lazos fraternales, ciertos códigos y la certeza de que algo de lo que se respiró en Buenos Aires esas noches debe haber soplado en las grandes conmociones de la historia. Hace poco, por pura casualidad, supe por fin a quién pertenecía la hermosa frase. Era de Eugène Pottier, un obrero estampador de sedas al que cualquier turista puede rendir homenaje en el cementerio de Père Lachaise. El texto anotado en la bandera de los pescaditos pertenece a una canción famosa, aunque ese fragmento, precisamente ese fragmento, sea ignorado por la mayoría de nosotros. A la canción se la conoce como *La Internacional* y acaban de pedir por su difusión el pago de derechos de autor. Lo de "no somos nada, queremos ser todo" ha dejado de ser un tema pendiente, al menos como incógnita.

Queda, sin embargo, otro, menor y también hijo de la curiosidad: el graffiti pintado en el puesto de diarios de Medrano y Sarmiento. Sobre la chapa verde se lee "Gilles de Rais" o, en verdad, "Guilles de Rais", como por apuro o impericia ha garabateado el autor. Claro, "Guilles" suena más familiar al oído de un joven porteño, que el nombre de Gilles de Laval, mariscal y barón de Rais, revisitado –entre muchos– por Huysmans en *Allá Lejos* ¿Será una secta, una banda de rock, una hermandad de pedófilos o una cofradía de poetas malditos la que se coloca bajo la advocación del hombre que cabalgó junto a Juana de Arco y pidió al tribunal que lo juzgó morir como ella, en la hoguera, pero no en olor de santidad sino por haber dejado un tendal de niños violados, destripados, profanados, entre ellos un sobrino de su mujer, Catherine de Thouars? La razón de la enigmática aparición de este desequilibrado lector de Suetonio, de este alucinado bufarrón medieval en una esquina del barrio de Almagro, continúa siendo un tema pendiente.

Pendiente como penden el ahorcado de la soga, el aro de la oreja, el péndulo de la varilla, el saco de la percha (o del clavo, como en el poema de Brecht). Pende el pendón –no en el sentido de putón que le suelen dar en la madre patria sino en el de banderola– del mástil; lo que pende, por tanto, pende porque está sostenido, suspendido, cuelga porque algo lo sujeta, está condicionado al soporte, es "de-pendiente". Se ofrecen departamentos con dependencias y no dependencias con departamentos, las tiendas colocan cartelitos en las vidrieras pidiendo dependientes y uno sabe muy bien qué significa la palabreja.

Lo pendiente, queridos míos, son colgajos, cuentitas que se nos pasaron por alto, deudas chicas a anotar en la cuenta del otario. Cuando lo que falta es lo esencial, estamos hablando de otra cosa, estamos hablando de fracasos. ¿Hay algo que se haya quedado atascado en el tintero de lo colectivo? Siento la tentación de recurrir a la difusa, bastorra fórmula de la "deuda social", eso que en un lenguaje de tradición más noble suele llamarse "equidad". Pero mi instinto me indica que no lo haga, que no cometa este error, que espabile porque la inmensa noción de equidad se resiste a entrar en el brete de los "temas pendientes". ¿Acaso puede considerarse un tema pendiente la felicidad? ¿Pueden serlo la igualdad, o el ideal, esa "verdad vista de lejos" de la que hablaba Lamartine? ●●●

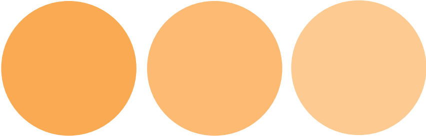


Aeropuertos **Argentina 2000**

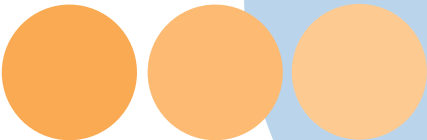
si estás orgulloso, vamos bien.

VIVIR PENDIENTE

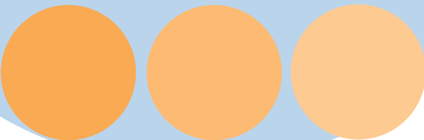
Por Rodrigo Fresán



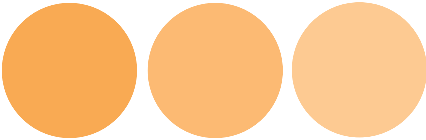
UNO “No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy”, decía mi abuela o me invento que decía mi abuela; porque mi abuela ya no está para negarlo y porque todas las abuelas suelen decir más o menos los mismos refranes y proverbios sin fecha de vencimiento. Por lo que aquí me pongo escribir, domingo, esto que tenía pendiente escribir el martes y... *(pasa a página 547).*



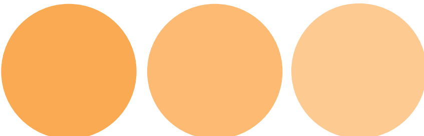
DOS El tema son las asignaturas pendientes de la Argentina. Tema amplio si lo hay porque, que yo sepa, el nuestro es un país que no ha superado aún sus tan metafóricos nueve meses de gestación. Pensar entonces en la Argentina como un país flotando en líquido amniótico, esperando ser dado a luz. Lo curioso es que –variante *freak* de una no tan inmaculada concepción– la Argentina se autofecunda *in aeternum*, vive pendiente y embarazada de sí misma, embarazosa y eterna sufridora de contracciones, enredada en el cordón umbilical de su abortada antihistoria, por siempre parturienta y padecedora de dolores que la parten porque” *(concluye la semana que viene).*



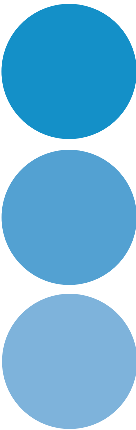
TRES Y si la Argentina fuera una novela de Philip K. Dick estaría claro que varias de sus páginas estarían dedicadas a esa otra Argentina, la tan mentada “Sexta Potencia Mundial”, la Argentina más parecida (por potencial económico y situación geográfica) a Australia o Canadá, la Argentina que tendría que ser tan poderosa como Japón (porque, por la lógica de los mapas, Japón tendría que ser tan frágil como Argentina). Siguiendo esta línea de pensamiento utópico, han sido varios los analistas internacionales que han alcanzado la misma terrible conclusión: el problema no está en la Argentina sino en los argentinos. Chocolate y carne y trigo por la noticia; y, sí... *(el resto, en el suplemento Entropía/12).*



CUATRO Tecleo en Google *Argentina.sexta potencia mundial* y –horror– lo primero que sale es un artículo mío publicado en este diario y abducido por uno de esos *sites* que se nutren de varios medios. El terror de que lo de “sexta potencia mundial” haya sido un invento mío –Dick otra vez– me obliga a abrir otras entradas y, por suerte, muchos escribieron lo mismo. Sí, Argentina no sólo puede ser sino que, además, fue. Así que de lo que hablamos aquí no es de una meta a conseguir sino de una línea de partida borroneada. Así –más Dick– el espanto y no el amor de haber nacido en un país que empezó por el final, por el final feliz. Lo raro es que... *(termina en la contratapa).*



CINCO Mi diccionario me cuenta que *pendiente* equivale tanto a “inclinado, en declive” y “que cuelga” como a “que está por resolverse o terminarse”. Las tres acepciones son válidas para lo que aquí se trata y se me va acabando el espacio asignado y he dejado, sí, pendiente la consigna de todo este asunto: escoger y escribir sobre alguna de las muchas asignaturas pendientes de mi patria. Así que será para otra vez y no creo que sea tan grave; porque son muchos los que aquí propondrán con autoridad materias a rendir y buenas notas a sacar. En lo que a mí respecta, confieso que el tema me supera. (Aunque mi lado oscuro me susurra que no estaría mal que se resolviese el misterio de las manos de Perón; pero se sabe, también, que las oscuridades son algo tan personal como, valga la redundancia, las huellas digitales.) En el adiós y la fuga, me acuerdo de un slogan de John Lennon. Una astuta variación sobre aquello que dijo J. F. K. en cuanto a que no te preguntes lo que tu país puede hacer por vos sino lo que vos podés hacer por tu país. “Pensar globalmente y actuar localmente”, dijo el beatle. Lo que, aplicado a lo que aquí nos convoca (sí, ya sé: Kennedy y Lennon murieron antes de tiempo por andar diciendo cosas por el estilo dejando muchas cosas pendientes) tal vez pudiera interpretarse como que quizá ya vaya siendo hora de pensar menos en lo que se nos debe y –cada quien atiende su juego, sin hacer trampas–, más en lo que nos debemos mientras rogamos todas las noches porque el nuestro sea no sea un destino de *incompleto* sino de *(continuará...)* ●●●



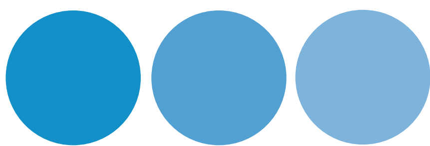
La lista sábana

Por Juan Ignacio Boido

-cación 38. los hospitales 39. la salud reproductiva 40. un Nunca Más de la corrupción 42. un plan para poblar el país 43. un plan de industrialización 45. un plan 46. el analfabetismo 47. el hambre 48. la desnutrición 49. comprar comida para el gato 50. la financiación de la política 51. la policía 52. el tráfico de droga 53. la policía 54. los escuadrones de la muerte 55. la policía 56. la opinión pública 57. las encuestas 58. Yacyretá 59. llamar al plomero 60. los manicomios 61. las cárceles 62. las escuelas 63. las universidades 64. las villas 65. la policía 66. el transporte público 67. los proyectos de urbanización 68. las habilitaciones 69. las obras sociales 70. sacarme la muela del juicio 71. la Embajada de Israel 72. la AMIA 73. las manos de Perón 74. la hija de Perón 75. la idea de Perón 76. Poli Armentano 77. José Luis Cabezas 78. Alfredo Yabrán 79. Lourdes Di Natale 80. Marcelo Cattáneo 81. Mariano Perel 82. la doctora Giubileo 83. Nair Mostafá 84. Monzer Al Kassar 85. Ibrahim al Ibrahim 86. Gerase y Diamante 87. la policía 88. la compañera de facultad de Zulemita Menem 89. el novio de la compañera de facultad de Zulemita Menem 90. Zulemita Menem 91. Menem 92. la venta de armas 93. el lavado de dinero 94. la Aduana 95. las valijas de Amira Yoma 96. los préstamos del Banco Central a Emir Yoma 97. ir al banco (pagar el descubierto) 98. los menemtruchos 99. las coimas del Senado 100. los patacones (¡patacones!) 101. llamar al banco (discutir los punitorios) 102. Kosteki y Santillán 103. la policía 104. los secuestros 105. la policía 106. la calle Libertad 107. la policía 108. los desarmaderos 109. la policía 110. el Riachuelo 111. los desechos tóxicos 112. el Polo Sur 113. el basurero nuclear 114. el cinturón ecológico 115. el reciclado de la basura 116. las inspecciones bromatológicas 117. el zoológico 118. llevar el gato al veterinario 119. el sistema energético 120. las cloacas 121. las rutas 122. los trenes 123. Aeroparque 124. Ezeiza 125. Southern Winds 126. Lapa 127. los vuelos militares sobre el Río de la Plata 128. la guerra de Malvinas 129. los puertos 130. las costaneras 131. la pesca 132. los sindicatos 133. los subsidios 134. los museos 135. los patrimonios de los políticos 136. el placard de los jueces 137. las casas de los comisarios 138. los punteros políticos 139. el IVA 140. la política tributaria 141. ir a declarar por el incidente en el banco 142. los feudos provinciales 143. que el peronismo decida emprender un plan de educación que libere al país del peronismo 144. los pesticidas 145. el medio ambien- ●●●



GUSTAVO MUJICA



PENDENCIAS PENDIENTES

Por Juan Sasturain

Lo pendiente es algo que pende, por definición. ¿Cómo pende lo pendiente? En términos físicos, hay en principio tres maneras de pender. Primero, la del péndulo, cuya condición es esencial y permanente, su mismísima razón de existir: si deja de pender deja de ser lo que es. Después, está la manera de pender de la gota o de la manzana, cuya condición pendiente es precaria, un estado ocasional, simple cuestión de tiempo, algo que –como se dice– "cae de su peso" en términos naturales o lógicos. Y en tercer lugar está la manera de pender del aro, pendiente –literal– del lóbulo; o la del jamón pendiente del gancho, que están alevosamente colgados porque su condición es también provisoria pero sujeta a voluntad ajena, no meramente una cuestión temporal. Se dirá que el murciélago también pende, como el perezoso, pero en el caso de los bichos es una posición elegida, el resultado del arbitrio personal, un gusto o costumbre.

Pero cuando se habla de cuestiones, asignaturas o deudas pendientes en la sociedad –que de eso se trata en este caso– no hay un uso físico sino metafórico de la expresión, asimilada a la idea de lo postergado o pospuesto, es decir, con un fuerte matiz temporal: lo pendiente es aquello que no se encaró aún, no ha sido considerado prioritario o no ha llegado su hora.

Así, desde el hipócrita discurso convencional, lo pendiente en una sociedad como la nuestra se identifica con lo no resuelto, lo que se vive como imperfección provisoria, impedimento para la culminación de un modelo todavía inacabado. Sea con un esquema temporal –lo que aún falta: es cuestión de tiempo– o con un modelo espacial –hay sectores postergados– siempre se presupone algo perfectible que debe ser completado: falta una etapa en el proceso o falta una pieza del rompecabezas.

Y, en líneas generales, no es así.

Lo intrínsecamente perverso de estos análisis es que el esquema y el modelo no se completan o llegan a la perfección en el momento en que se cumple con lo pendiente, sino que el modelo mismo presupone su existencia, porque está construido y funciona como funciona a partir de la postergación infinita, sin solución de continuidad, de las mal llamadas "cuestiones pendientes".

En nuestro país y en este contexto que nos toca, el liberalismo crudo y el neoliberalismo mal cocido han vendido siempre las flagrantes desigualdades económicas –entre naciones, entre sectores sociales– como meras cuestiones subsanables en términos de tiempo: el subdesarrollo de algunos países es sólo una etapa hacia el desarrollo pleno del que disfrutan otros ahora, que llegará en el futuro si se hacen bien los deberes; cuando en realidad la postración de unos es resultado de la expansión de los otros. O, en términos de política económica interna: sólo hay que esperar –estar pendiente– de que la copa rebalse y gotee hacia abajo, cuando en realidad la copa se llena a partir de la "necesaria" sed de los esperan que alguna vez rebalse. Que será nunca...

Vale la pena volver a los significados originales de lo pendiente, a los modos físicos de pender. La desocupación, el desequilibrio distributivo, la deuda eterna en educación y salud penden en nuestras desquiciadas sociedades como el péndulo: son estructurales para el sistema del perverso mercado que nos rige y ahoga; pendientes por naturaleza, deben seguir y seguirán ahí, mientras el discurso las venda como cuestiones pendientes como pende la gota o la manzana. Y en realidad penden como el aro de la oreja y el jamón del techo: se las ha colgado ahí y hay que bajarlas, son dependientes de otros gestos. Es una cuestión, entonces, de pendencia: las cuestiones pendientes en la sociedad son estructurales, no se solucionan solas, deben someterse a una escala de prioridades que no son las que propone el mercado.

No hay solución sin pendencia. En criollo: algún (otro) culo tiene que sangrar. ●●●



Ganan todos, de vuelta

Por Pablo Vignone

La creencia generalizada es que el fútbol es un juego de suma cero, ¿viste? Uno gana, el otro pierde, uno sale campeón, dos se van al descenso. Pero eso es para la gilada, fiera, para los giles que ponen la platita en ventanilla cada domingo, los que se creen el verso de la camiseta. Porque del otro lado, el fútbol es como la perinola. Ganan todos, ¿sabés? Menos los bobos, porsu. A ver, ¿qué delantero te gusta? ¿Ese? A mí también. Pero no es mío. El representante lo tiene desde la novena. ¿Sabés la guita que le puso encima? Todos los meses, ¡má'qué para el sánguche y la Coca!, el viejo venía a buscar el milkibar, la luquita. Claro, ¡cómo iba a protestar después el pibe! No, no le gusta Rusia, ¡qué le va a gustar! Los pibes crecen soñando con el fulbo de España, de Italia. Por ahí algún concheto, futbolista de country, aspira a la Liga Inglesa, ¿pero Rusia? Calladito, le dijo el representante.

Uno al jugador lo protege, lo arropa, le da consejos, le paga las cuentas, le consigue el auto, lo va a ver al departamento, para que se sienta cuidado. Pero algunos tienen cada ínfula. ¿Sabés cuál era el jugador más jodido para nosotros? El tres de... Sí, no era un top de la escudería pero cómo rompía las bolas... Con pelotudeces, viejo, un día me llamó ¡porque quería que lo llevara a comprar una heladera! Lo mandé a la, pero te decía, el pibe minga de ir a Rusia, no quiere saber nada, nunca más juego en la Selección llora, pero el tipo invirtió mucha guita y los sorru son los únicos que pagan al contado, te imaginás de dónde la sacan. El yeite es fenómeno: ganan todos. El club, que vende al jugador; el intermediario, que aceita el pase; los dirigentes, que ligan el retorno; cobran hasta los europeos, que son los que ponen la guita: ellos están contentos porque o la sacan de algún lavadero raro o porque vuelven a recibirla adentro de un sobre. Fijate el Barça la guita que gastó para comprar a Saviola, para juntar a todos los que mojaron algo en el pase no alcanza el Nou Camp, y encima, después, compraron a Maxi...

Ganan todos, pibe, yo sé lo que te digo. El jugador, a veces, no tanto. Porque a él le toca el 15 por ciento del pase, pero ¿cuándo la ve? Los dirigentes le dicen, por ejemplo, ¿te querés ir? Bueno, pero ¿cuánto te debíamos? Ya no te debemos nada, ¿no? O, más sofisticados, le sugieren que se porte bien con el club que lo lanzó a la fama, y que tenga un gesto donando el porcentaje para las inferiores, un eufemismo que puede significar cualquier cosa.

Ahora, por ejemplo. El pibe Talacasto, que jugó en, sí, ahí. Lo mandaron a uno de los clubes más importantes de Italia. El técnico ni sabía de qué jugaba, pero porque era el único al que no habían untado, así que Talacasto se pasó seis meses en el banco ¡y extrañaba, che, extrañaba como la puta madre! Un frío de cagarse, cenan a las seis de la tarde, no te dan bola, te miran distinto, ¡te dan unas ganas de volverte! Así que otra vez el representante, el mismo que lo llevó para allá, ahora lo trae de vuelta. ¿Vos te creés que es uno el que vuelve? Son cincuenta cuando termina cada campeonato. Hacés la cuenta y te decís, ¡pero la pucha, si la mitad se fue hace seis meses! Claro, no todos hacen la guita grossa, pero... Bueno, resulta que el representante tocó primero en, sí, un sueño para cualquier jugador de la Argentina. Todo arreglado, che, el pibe estaba contento, los italianos lo largaban porque total son una sociedad anónima y manejan los balances como quieren; al club le cerraba el negocio porque el plan era mostrarlo con la camiseta otros seis meses y volver a mandarlo a la península... pero estaba este dirigente de primera línea, vos lo conocés. ¿Sabés el peaje que pidió? Imposible. El pibe tenía que terminar jugando gratis y el apoderado poniendo de la de él, y vos sabés que ésa no se toca. Ese tipo no tiene códigos, viejo, ¿o qué se cree, que el fútbol es un juego de suma cero? Sí, ya sé que es dirigente de un club de la puta madre, pero tienen que comer todos, viejo...

Pero todo pasa, como dice Grondona. No, no lleva dieciocho años en la AFA, van 27. Una punta de años... A lo mejor, piensa alguno, se quedó tanto tiempo porque siempre hay algo que arreglar en el fulbo, algún tema pendiente. Qué sé yo, el fair-play... Pero, ¿vos sabés? A la Selección lo único que le faltaba ganar era la medalla de oro de los Juegos Olímpicos, y la ganó el año pasado, en Grecia. Si hasta arregló el balurdo de la tele... ¿te acordás cómo protestaban porque el contrato con Torneos terminaba en el 2013? Ahora, parece, están estudiando para extenderlo al 2030. Ganan todos de vuelta, está visto. ●●●



SAN

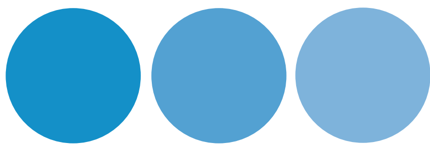
Por Fernando D'Addario

En la mañanita desapacible de mayo, mi amigo Valdivia espera turno para saludar e invocar a San Cayetano. El rezo colectivo del rosario preside la ceremonia compartida por miles de fieles que pretenden desafiar, mediante la oración, las predicciones científicamente fundamentadas por los organismos competentes: este año la desocupación bajaría un 2,5 por ciento.

Y Valdivia, que perdió hace rato la fe en la razón pero utiliza torpemente sus herramientas, ensaya este cálculo: si se concede que la mitad de la gente que va a San Cayetano lo hace para pedir trabajo y la otra mitad concurre en carácter de agradecimiento, frente a la iglesia hay entonces unos 2 mil desocupados y otros tantos agradecidos a la providencia. El humilde aporte empírico de Valdivia a las estimaciones oficiales predice que, de esos 2 mil optimistas, sólo 50 conseguirán trabajar esta temporada.

No son tan modestas las expectativas de los que pasaron la noche allí. Semejante sacrificio devocional exige como contrapartida un plus de generosidad, un shock ocupacional que transgreda las planillas de los cráneos de turno. La esperanza derrocha lógica, a su manera: un santo, y de los grandes, tiene mucho más poder que un ministro.

Valdivia tiene el mismo nivel de exigencia que estos miles que rezan Padrenuestros y Avemarías, pero su caso es diferente. Opuesto, diría. Lo que Valdivia quiere es parar de trabajar.



UN ESCENARIO NO TAN EXTRAÑO

Por Eduardo Fabregat

Miras los edificios que dan al puerto
dejando amanecer todo.
Miras por la ventana de tu ciudad
la vida como cierra el paso.
Y aunque saliendo a la vereda
nada te espere ya
seguís saliendo por tu libertad.
(Emilio del Guercio, 1980)

DANIEL JAYO



La canción se llama "Las cosas por hacer", y era la apertura de *El valle interior*, el disco con el que Almendra volvió al ruedo en 1980. Después del nefasto 30 de diciembre de 2004, en la escena rock argentina hay muchas cosas por hacer. Hay un proceso judicial pendiente y de pronóstico impredecible, pero los integrantes del medio tienen su propio laberinto a recorrer, igualmente complejo, de difícil resolución. Germán Daffunchio, guitarrista y cantante de Las Pelotas (una de las pocas bandas de primera línea que no esconde el bulto al debate), viene afirmando una y otra vez que el estado de las cosas post-Cromañón es un festín para la derecha argentina, feliz de tener tantas herramientas a mano para silenciar un movimiento que siempre se las arregló para ser un grano en el culo del poder.

Todo clausurado, todo cuestionado, todo tapado por el mismo humo de bengala.

La situación es compleja, pero hay un par de datos que no se pueden perder de vista. Para el rock, afuera siempre hubo un enemigo: en todo caso, en este momento dispone de armas más potentes para salirse con la suya. Pero el rock debe encontrar la forma de hacer abstracción de eso y propiciar su debate interno, su propio método –entre el plan y el instinto– para modificar ciertas cosas y salir adelante. No es la primera crisis, la primera contradicción que el rock debe afrontar. Durante años, los artistas debieron tocar a escondidas, un domingo de mañana en un teatro, trasnoches en sótanos de acceso difícil, siempre con el camión celular en la puerta esperando las presas. De pronto y a instancias de un general borracho, en 1982 recibió la bendición de una dictadura que prohibió todo "cantable" en inglés en las radios (qué casualidad, como Hadad en La Mega) y motivó un explosivo crecimiento en la difusión, producción discográfica y actividad en vivo.

Hasta ese momento, la derecha también se había hecho un festín con el rock. Pero cuando el movimiento pudo salir a la luz, tenía una calidad artística y un potencial de generar cambios en su público que le hizo ganarse largamente ese lugar. La Guerra de Malvinas y el Festival de la Solidaridad Latinoamericana instalaron también el primer conflicto ideológico serio en un cuerpo que había sabido unirse –más allá de diferencias estilísticas o viejas discusiones como *Manal o Almendra*– para resistir al enemigo de afuera. Pero salió adelante, y supo diversificarse y revalidar su razón de ser, y ante cada rebrote fascista concentrado en la actividad rockera encontró la manera de abrirse camino.

Cromañón debería activar nuevamente esos mecanismos, oxidados y aceitados de manera cíclica a lo largo de una fértil historia de cuatro décadas. Es una tarea que incumbe a músicos, productores, empresarios, bolicheros, pero también a la prensa y al público. Exigir que se castiguen las responsabilidades políticas y se modifique el escenario estatal que colaboró en las muertes es sólo una parte: este gran entramado de personas, relacionadas con una música que siempre buscó celebrar la vida y defender a una generación, tiene un mayor y más productivo trabajo por delante, en un terreno en el que *realmente* puede accionar. Asumir todo lo que se hizo mal y actuar para renovar la confianza entre todas las partes, fijar otras prioridades en la agenda periodística, reeducar –en el buen sentido de la palabra– al público para encontrar otras maneras de darle cuerpo a la fiesta, replantear el modo de llevar adelante el negocio y corregir, al fin, desidias de años.

Seguir saliendo por la libertad. ●●●

DANIEL JAYO



CAYETANO, AL REVES

Desde que ingresó hace 18 años al mercado laboral, su vida se vio desbordada de responsabilidades y horarios. En su momento, la demagogia estatal y el neoliberalismo salvaje se confabularon para obstaculizar sus sueños de ocio improductivo. Una vez estuvo a punto de conseguir su objetivo. Seis meses de huelga y toma heroica de una revista de actualidad desembocaron en una típica solución capitalista: todos a la calle. Pero parece que su complacencia gremial fue tan notoria que un día después de que lo echaran, la Secretaría de Trabajo de la Nación le ofreció hacer prensa en la obra social. Fue su ingreso triunfal a la burocracia periodística, que apuraría otros capítulos memorables: diversas reparticiones oficiales convocaron sus servicios; así consiguió, sin mediación de su voluntad, contratos renovables de por vida; a veces caducaban prematuramente debido a su inoperancia o al ingreso político de otros talentos, pero entonces, para su pesar, la mano del poder volvía a entrar en acción y lo confirmaban en el puesto.

Los años '90, que dejaron a millones en la vía, lo colmaron de favores; estimulado por su honestidad militante, se convirtió en testigo y acusador de las iniquidades del gobierno, tarea ingrata que engordó su curriculum. Pero ser progre las 24 horas es un trabajo muy arduo. Cada vez que aducía ante sus jefes un exceso de estrés lo premiaban con horas extra, y hasta sus vacaciones, planeadas (involuntariamente, de su parte) en puntos estratégicos del planeta, terminaban en azarosas corresponsalías de guerra. Cuantos más muertos, más textos, con recuadros y notas color.

Valdivia pensó, con cierta ingenuidad, que el sorpresivo advenimiento de un gobierno de izquierda en su país traería por añadidura un rebrote de periodismo fascista-opositor, y una consecuente disminución de su carga laboral. Todo lo contrario: una agencia publicitaria lo contrató para que entrevistara e incluyera en una base de datos a todas aquellas figuras (de la política, el deporte, el comic, las ONG) afines al ideario súbitamente en boga. La lista, que en principio era pequeña, fue engordando con los fervores de la nueva era; comenzó a hacer cuentas: no le alcanzaría una vida y media para entrevistar a todos los flamantes progres. Desesperado, Valdivia comprendió por fin que su única esperanza era San Cayetano. Es decir, el único que podía compadecerse de él sin exigirle a cambio un artículo. Juntó sus estampitas y se fue a pasar la noche a Liniers.

Lo que le está pidiendo ahora al santo es relativamente fácil, mucho más sencillo que conseguirle empleo a un tornero en alguna de las fábricas que no existen más. Valdivia le toca apenas la cabeza y lo felicita por su hiperproductividad vitalicia. Es probable que en Noruega y en Suiza (si es que existen versiones noruegas y suizas de San Cayetano) compense su sobreexposición argentina.

¿En cuántos de estos desesperados manifestará su gracia infinita? ¿Cuál será su criterio de justicia? ¿Podrá ser Valdivia, con su mochila de nihilismo pragmático, uno de sus favoritos? Valdivia mira a quienes lo rodean y extrae algunas conclusiones prematuras: la señora de adelante, pálida y con los ojitos vencidos, parece estar sufriendo por la humanidad entera y da la sensación de que la concesión de un trabajo para alguno de sus nietos no le devolverá vitalidad a su mirada; la chica de atrás, que viene de comprar gustosa el santoral 2005, tiene cara de estar allí para agradecer: consiguió, conjetura Valdivia, un trabajo administrativo, once horas por día, media hora para comer, un franco semanal rotativo, 350 pesos por mes. Le está hablando con entusiasmo a una señora bastante agradable que, por lo que cuenta, parece soñar con el merecido despido de la empleada que la precede en el escalafón. Valdivia quisiera saber si la concreción favorable de estas solicitudes debería ser consignada en el rubro "milagros" y si éstos, de hacerse realidad, serán reemplazados por eufemismos tecnicistas en los discursos contra la desocupación.

En estas y otras cosas se va pensando Valdivia mientras ensaya la retirada entre la renovada multitud de devotos. Un llamado a su celular confirma para el día siguiente la entrevista con el delegado de Greenpeace. Pero Valdivia confía en San Cayetano. Una señal, tan sólo una señal (una súbita descompostura –de Valdivia o del delegado, no importa– que impida la concreción del reportaje, un temible escape de uranio en el Mar Báltico que modifique la agenda del funcionario) es todo lo que necesita para inaugurar su primera gambeta periodística. ●●●

GUSTAVO MUJICA



LOS DEBERES PENDIENTES

Por Osvaldo Bayer

Después de todos los aconteceres trágicos que ha experimentado nuestra República, a la cual podría llamarse la Dictapública –por su trágico pasado reciente–, es ya tiempo de que se dicte una verdadera ley de defensa de la democracia que sirva de barrera insalvable para la defensa de las instituciones en el futuro. Es increíble el cinismo con que siempre se trató este tema. En el futuro todo dictador, y sus ministros, sus comandantes en jefe, hasta el grado de subsecretario y todos sus embajadores, todos sus gobernadores (interventores) y sus ministros provinciales tendrían que sufrir prisiones de por vida y ser condenados al pago de multas que asciendan a todo lo percibido durante sus períodos dictatoriales más lo que ascienda al monto de todas sus pertenencias.

Que el atentado del poder militar contra las instituciones sea considerado el peor de los crímenes.

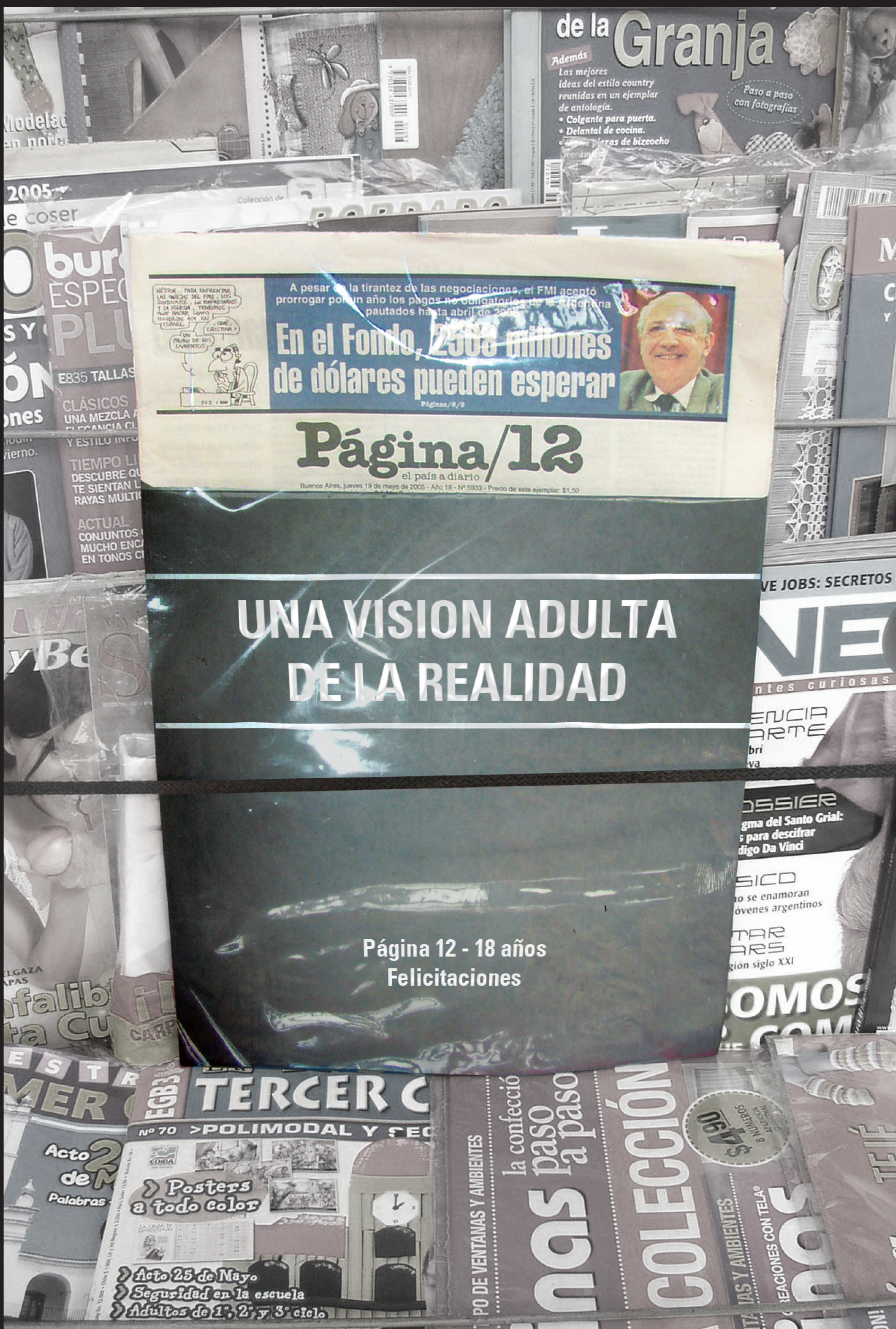
Claro, se me dirá, si los generales y coroneles se levantaron cuando quisieron y ninguno de los gobernantes elegidos por el pueblo supo defenderse. Si todos los presidentes que fueron volteados, huyeron patéticamente. A la pregunta de por qué los dos partidos políticos nos gobernaron desde el voto secreto –porque hasta en la década infame apareció el evidente protagonismo del radicalismo antipersonalista– se nos podría contestar: pero si esos dos partidos tienen sus pecados originales: el radicalismo, al dar ministros a los militares golpistas o aprestarse a elecciones estando el partido peronista prohibido, como en el caso de Illia con la UCRP y Frondizi con la UCRI, o con el dictador Lanusse dar como ministro del Interior a Mor Roig, para dar apenas un ejemplo; y el peronismo, con el pecado original de haber surgido su líder también de un golpe militar. Bien, todo eso, para el futuro, debe tomarse como una lección que no debe repetirse nunca más. Para lo cual, para beneficio de la verdadera democracia, esos partidos deberían hacer una autocrítica pública. Ni dar ministros para dictaduras ni nombrar ministros a asesinos como López Rega.

La gran oportunidad la tuvo el gobierno de Alfonsín. Pero nada se hizo. Tendría que haber comenzado por el castigo a los militares culpables, la cesantía de todos los profesores de los institutos militares y su reemplazo por reconocidas personas democráticas, para cambiar la mentalidad de los nuevos oficiales que se reciben en esos institutos; la cesantía de todos los jueces nombrados por la dictadura, y la propia elección de colaboradores sin antecedentes dictatoriales. Además, la total reorganización de las policías. Y, por supuesto, la prohibición de toda actividad política de quienes hubieran sido colaboradores de la dictadura de la desaparición de personas.

No, ocurrió todo lo contrario. La ironía perversa que justamente a los peores represores les permitió presentarse a elecciones y ser elegidos como gobernadores. Es patética, repito el término porque no hay otro más apropiado, la elección de uno de los peores asesinos de nuestra historia, el general Bussi, como gobernador de Tucumán. Pero el patetismo aún llegará a grados inalcanzables o argentinos: el subcomisario Patti, el de los tiros en la nuca, pudo presentarse y hoy es intendente. El caso del teniente coronel Rico ya tiene antecedentes de pura imaginación o pesadilla: hace un golpe militar contra la democracia, el presidente de la Nación va a negociar con él en el cuartel del levantisco y ahí se arregla la obediencia debida y el punto final. Y hoy el teniente coronel Rico es intendente. Fue una burla sangrienta y con olor a podrido para todos aquellos que habían sido asesinados y desaparecidos. Y ya por fin, para terminar con la humillación y el manoseo, Alfonsín permite que el asesino de los abogados de derechos humanos de Mar del Plata ataque con el poder máximo y una crueldad nunca vista contra el cuartel de La Tablada. Nada menos que el general Arrillaga como defensor de la democracia. El mismo general a quien se le permite hoy ser el asesor de la Biblioteca Oficial del Círculo Militar.

La pobre democracia argentina. Hasta en sus expresiones es humillada constantemente. El símbolo está en la ciudad bonaerense de Balcarce. Allí hay nada menos que un monumento al general José Félix Uriburu, el primer golpista, que volteó al radical Yrigoyen. Uriburu, un dictador funesto, fusilador de obreros y creador de la década infame y propulsor del fraude patriótico. Allí está en bronce. Ni los radicales ni los peronistas tomaron alguna medida contra el bronce al funesto dictador totalitario. Se callaron la boca. Como también miraron para un costado cuando el general Rattenbach y su comisión presentaron su informe sobre la guerra de Malvinas. Ese episodio, que es una burla trágica hacia la vida de tantos jóvenes argentinos, no se debatió, ni se castigó a los irresponsables mandamás de ese año, donde se mezcla cobardía con irresponsabilidad y alcohol. Una democracia que en vez de corregir los graves errores y crímenes, se sigue basando en fundamentos con olor a cadáveres y tierras robadas.

Lo que nos falta es tener el coraje civil de descreer de los ególatras y tener fe en la fuerza de las comunidades. ●●●



GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

gobBsAs